

2043

JULIO EGAS

IBEROAMERICA

(BREVE SINTESIS HISTORICA)

QUITO-ECLANDOR

1978

IMPRESA FERNANDEZ

E-98
EGAS

JULIO EGAS

IBERO-AMERICA

en la Historia

(Breve síntesis)

Quito - Ecuador

1948

Imprenta Fernández

***Dedico este trabajo al
niño ecuatoriano, porque
lo escribí pensando en él.***

IBERO-AMERICA EN LA HISTORIA

(Breve síntesis)

«Encuentro de América»

Amanecía el 3 de agosto de 1492, y antes de que el sol saliese, soltáronse las velas de tres naves fondeadas en el río Tinto que baña a Palos de Moguer. Las tres naves surcaron el río rumbo al mar: iban dejando una estela de aventura cuyas ondas se confundirían acaso con aquellas otras que fenicias naves dejaron en lejanos tiempos, al remontar el río de nuestra historia en busca del mineral de hierro en Onuba, la actual provincia de Huelva.

Las tres naves que bajaban por las aguas del Tinto hacia el mar, tenían nombres alegres y sonoros, se llamaban: La Pinta, La Niña y La Santa María, y en esta última, mirando a la distancia el convento de La Rábida, que se podía ver a lo lejos, una vez pasada la Barra de Saltés, iba un hombre: «Alto, de cuerpo más que mediano y autorizado, rostro largo, nariz aguileña, ojos garzos, tez blanca que tiraba a rojo encendido; barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, que presto con los trabajos se le tornaron canos», su nombre era Cristóbal Colón, genovés al servicio de España.

La mar estaba tranquila en las primeras horas de navegación de la flotilla. Aprovechando de esta pausa, de la vista lejana de La Rábida y de las costas de España que empezaban a desaparecer, vinieron a la mente de ese hombre —cuya vida es una aventura— las escenas de sus años pasados; le llegaban con esa suavidad y benevolencia con que hacen acto de presencia los recuerdos, y ponían en su alma una nota cálida: catorce años tenía Colón cuando se hizo marino.

En su vida de mar, entre las jarcias y velas de los barcos que surcaban el Mediterráneo, asaltábanle también, como ahora a bordo de La Santa María, un sin fin de recuerdos: el de Dóménico Colombo, su padre, el cardador de lana, y de Susana Fontana-Rosa, la madre suya y de cuatro hermanos más. Más tarde se veía, ya por el 1460, mandando una galera en una expedición a Túnez por orden de Renato de Anjou pretendiente al trono de Nápoles, y se acordaba del día aquel, 13 de agosto de 1476, en que su nave genovesa se incendió mientras combatía con los venecianos y tuvo que pisar por primera vez tierra española. Por ese entonces tenía ya conocimientos notables, adquiridos por la experiencia de sus viajes, sus estudios de cosmografía (ciencia a la que se consagraba), y además por los apuntes de su suegro: Bartolomé Perezuello colonizador de Puerto Santo, con cuya hija, Felipa Mogniz Perezuello, se había casado y establecido en Portugal. Llegó también a sus manos un mapa de Pablo Toscanelli que en 1487 indicaba, al portugués Fernando Martins, una ruta para llegar a la India por los mares occidentales. Todo esto le hizo concebir la idea de que la tierra era redonda y que, navegando al través del Atlántico, se podía llegar en menos tiempo a las Indias Orientales, que dando la vuelta a las costas de Africa. Y el hombre que iba en La Santa María recordó sus andanzas de vagabundo visionario por las Cortes de Europa, de sus desesperanzas, cuando en la Corte del Rey de Portugal no se habían hecho caso de sus proyectos y promesas de hallar las costas Orientales de las Indias, de las largas y embarazos que halló en la Corte de España y de la limosna que le extendieron manos mendicantes cuando un día del año 1485, en el convento franciscano de La Rábida, le dieron pan, agua y abrigo para él, y Diego su hijo de 7 años; ese hijo con el cual venía de Portugal y que por su corta edad no podía ser confidente y báculo de sus pesares, sino tan solo un compañero de ellos. Y allí el mendigo visionario habíase encontrado con los mendigos de Cristo, con Juan Pérez el Guardián de La Rábida y Antonio de Marchena, el inteligente cosmógrafo al que debía unirle pronto una amistad estrecha. En manos de Juan Pérez, el Guardián, fraile magro, alto, de mirada penetrante, y cuya alma tuvo la intuición de comprender la grandeza de los proyectos de aquel que se presentaba casi a mendigar, quedó el hijo, en tanto el padre se establecía en Sevilla, en donde de

trazar mapas y dibujar planos ganaba su sustento, hasta que, favorecido un día por el duque de Medina Celi, presentóse en Córdoba, a principios de 1486, a los Reyes Católicos, a cuyos cortesanos pareció irrealizable el proyecto del Genovés.

Pero no perdió en ánimo: fuése a Salamanca, y esperó, no sin que los años pasaran, por lo cual se descidió a abandonar España. Y fue entonces cuando los pies descalzos del franciscano hollaron las cámaras regias de Isabel La Católica en Santa Fé, y cuando los labios del Guardián de los Hermanos Mínimos de La Rábida hablaron con calor y elocuencia, hasta conseguir que doña Isabel de Castilla llamáse a Colón para ajustar las condiciones de la Expedición. Vencidas ciertas dificultades que al parecer, abultaban las pretensiones de Colón, el 17 de abril de 1492, el aventurero se convertía en Almirante de las Islas y Tierra Firme que se descubriesen, obtenía la décima parte del oro, plata y perlas que se hallasen y otros privilegios más. Y con prerrogativas tales partía a Palos de Moguer, en donde, por provisión real debía encontrar dos carabelas.

Gracias al prestigio de Pinzón, pronto completábase la más heterogénea tripulación de tres barcos, con cuyas estelas de aventura iba Colón a realizar su sueño: descubrir el camino de las Indias o quien sabe, si encontrar aquella isla Antilla, de noticia sabida, a la cual, como a lugar seguro, a través del paralelo 28, dirigía el rumbo de las tres carabelas con 124 españoles, que más luego debían forjar el mundo de Iberoamérica. La reparación del timón de La Pinta y el cambio de velas de La Niña, les obligó a anclar en las Canarias hasta el 6 de septiembre, en que la escuadrilla de nuevo pone rumbo a la aventura de América.

Sesenta y nueve días llevan de navegar las carabelas, sesenta y nueve días las quillas españolas surcan el mar tenebroso; la incógnita tortura la mente y el miedo a lo desconocido habita el corazón de los hombres. La creencia en las consejas contadas en la tierra que queda lejana y que ha hecho carne en el espíritu marineró, pone escalofrío en las almas: se murmura, se teme, y miran con desconfianza al Genovés. El

mar de los Sargazos, la declinación occidental de la aguja de la brújula, la presencia de aves y plantas y vientos no conocidos, son hechos que merecen ser explicados, y ahí están: Martín Alonso Pinzón capitán de La Pinta, Vicente Yáñez Pinzón de La Niña y Colón en La Santa María, diluyendo el temor en esperanza. Sesenta y nueve días de desplegar las velas en el mar ignoto; sesenta y nueve días que los hombres sienten la angustia de la aventura, hasta que brilla la luz en la noche del 11 al 12 de octubre, y en la mañana del viernes 12 del año de 1492 desembarca España en América.

El suelo descubierto es una isla. Su nombre es Guanahaní en vernáculo idioma. Guanahaní primera tierra nuestra de encantador hallazgo del europeo, tierra en la que España y Colón empiezan su invento de América. Guanahaní, nombre prometedor y profético, parece que encerrase una como esperanza de que esta tierra por obra de la concordia nunca se vuelve amarga.

Guanahaní prólogo de América.

En 12 de octubre y en playas de la isla, dos razas se encontraron: la historia empezaba otros rumbos y España se eternizaba en Iberoamérica naciente. Razón tendría López de Gomara para decir a Carlos V que «la mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la Encarnación y la Muerte del que lo crío, es el Descubrimiento de las Indias». A corta distancia de la espuma de las olas extendíanse en escalinata hacia las alturas de la isla muchos y majestuosos bosques de árboles. De trecho en trecho, en claros de selva, se podían ver habitaciones que semejaban colmenas por lo cilíndricas y por sus techos de hojas secas. Grupos de hombres, mujeres y niños aparecían desnudos cerca de los árboles. Se acercaban y se retiraban, y demostraban con sus gestos más curiosidad que miedo, más admiración que temor. Colón se dirigió de su nave a la isla en una chalupa. Llevaba el Estandarte de Castilla y Aragón, y en nombre de esos reinos tomó posesión de la primera tierra americana. Los indígenas se habían acercado fascinados; los españoles estaban sorprendidos; los unos llevaban luengas barbas, brocados y armas que reverberaban a la luz del sol; los otros de tinte cobrizo, cabellera que se

extendía sobre los hombros, ojos apagados, miembros femeniles, rostro confiado y sin expresión, desnudos y con dibujos que adornaban su piel, denunciaban una raza distinta de las esparcidas por el mundo conocido.

Colón ha encontrado América para España, y ésta la recibe desnuda, ingénuo y niña; empieza la conquista, América va a ser vestida, sabia y mujer. El telón se ha levantado para el primer acto del drama.

Colón juzgó haber sentado reales en tierras de la India y aún persistió en error tal por largo tiempo, sin llegar a sospechar que había descubierto un continente nuevo. Por eso tres meses anduvo buscando los países de Catay y Zipango, para cuyos soberanos llevaba credenciales del Rey de España, en medio de tierras primorosas que surgían del mar; en las cuales, por su belleza y exhuberancia, — como en la que debía más tarde ser la Perla de las Antillas — creyó encontrar el paraíso de la Leyenda Bíblica. Perdida una de las carabelas y cansada la tripulación, emprendió el viaje de retorno. En mar tranquilo, viento propicio y temperatura suave, hundió la quilla; más a poco la mar perdía su bonanza y en la noche del 14 de enero desencadenóse furioso temporal que dispersó las carabelas que regresaban de América: La Pinta fondeó en Bayona de Galicia y La Niña tocó en Santa María de las Azores, para arribar a Lisboa en 4 de marzo, después de nuevas tormentas. De allí escribió Colón al Rey de Portugal avisándole tener órdenes de los Reyes Católicos de aprovisionarse en puertos lusitanos, que venía de las Indias y no de Guinea, y el temor de que su nave fuese robada al creerse que traía mucho oro. El monarca le recibe: la entrevista calurosa, qué de remordimientos incitaría en su memoria al contemplar que un mundo hubiere pagado el genovés a la Corona Lusitana por la dádiva de barcos y hombres que otrora solicitara para sus sueños. Pero ese Rey, caballero, señor, como buen ibero, sabría perder y ofrecería galantemente a Colón lo que él necesitase si acaso prefiriera ir por tierra a Castilla. Colón, sin embargo, elige hacerlo por mar, y así, él desde Lisboa y Pinzón desde Bayona, cinglan a Palos, a donde entran el 15 de marzo. Martín Alonso no llegó a entrar en la ciudad, pues, enfermo que estaba, se trasladó a una casa de campo en la que se

agrayó y, llevado a La Rábida, falleció en este convento pocos días después. Los frailes de La Rábida, que le impulsaron a acompañar a Colón en la gloriosa aventura de América, debían también alojar en sus claustros las reliquias del Lugarteniente del Descubridor. En tanto Colón, al recibo de una carta de los Reyes Católicos, dirígese a Barcelona a dar cuenta a los soberanos del resultado de su empresa. Y es en la ciudad condal, que, al exhibir a la realeza las primicias en oro, animales y plantas exóticas, acompañados de naturales humanos, arrancados de ultramar, entregaba a Castilla un mundo nuevo, no presentido, ni siquiera por su propio Descubridor.

«Los Peninsulares.»

Pero forzoso es detenerse ante los hombres de Iberia, porque a ellos les corresponde la gloria por haber ensanchado el mundo en ignotas regiones, no para guardarlas en son de conquista esclavizadora, sino para injertar en aquellas tierras nuevas su sangre, su nobleza y su idioma. El espíritu de Pelayo, del Cid y de su majestad don Quijote, primero vivido antes que escrito, destinado estaba a dirigir los derroteros históricos hacia virtualidades que apenas todavía presentimos.

Colocada Iberia del Mediterráneo al Atlántico, situación favorable ofrecía a sus moradores para el desafío al mar en la navegación de altura, en competencia a cualquier otro pueblo nórdico que acaso le hubiere rivalizado en poco temor al océano. De otro lado, y por entonces, el español había alcanzado su unidad política, al abrigo de absolutismos reales atemperados por fueros, cortes y concilios que restringen el poder monárquico ante la idea de que el rey está sobre el vasallo, pero nunca sobre el hombre. Durante el largo período de la reconquista en que la ocupación preferente era la guerra, se fué forjando el espíritu español, con modalidades y caracteres propios. Ese espíritu dotado de gran fortaleza, soñador y activo, fraguado para nunca descansar y siempre hacer, llamado estaba ha ennoblecer la vida sin otro norte que el ideal en marcha, actitud que se revela en el orgullo español. Arrancado el moro del suelo Ibérico, ese espíritu batallador infatigable en la cruzada iniciada en Covadonga, rompe los li-

mites nacionales y se aventura a lo desconocido, con una pujanza, una audacia y un hábito de gloria que jamás los fastos de lo historia han conocido.

La noticia de la tierra nueva se extendió rápidamente en toda España, y si antes Colón no encontrara compañeros de buen grado, para el segundo y tercer viajes, sobran los hombres que querían ir a las Indias, las que en el decir de las gentes estaban plétóricas de oro y de especias, y así, el 25 de septiembre de 1493, salía Colón en el segundo viaje a América.

Antes de que el navegante iniciase su segundo viaje, el Rey Católico quiso, con la sanción pontificia, afirmar su derecho en las tierras nuevas, aún cuando "no hubiese necesidad" de la venia papal para ello, como dice Oviedo en su Historia de las Indias; pero la previsión no estaba por demás, ya que el Papado, en varios breves había concedido al Portugal el monopolio de las tierras descubiertas y por descubrir, tanto en Africa como en la India. Alejandro VI, en bulas de 3 y 4 de Mayo de 1493 daba sanción y título de entrega a los Reyes de España y sus sucesores, de aquellas tierras hasta entonces ignoradas y las que descubriesen, a condición de que no pertenecieran a otro rey cristiano, señalando en el segundo breve, una línea "que a distancia de cien leguas al oeste de las Azores y de las Islas de Cabo Verde pasaba por los dos polos como meridiano y dividía el planeta en dos mitades", perteneciendo el emisferio occidental a España y el oriental al Portugal. Modificada la resolución pontificia por Fernando el Católico y Juan II de Portugal en el tratado de Torrecillas de 7 de junio de 1494, los monarcas convinieron que las 100 leguas señaladas por Alejandro VI se extendieron a 300.

Los Portugueses que, antes que España, arrojaron al moro de su suelo, se lanzaron a perseguir a los derrotados e hijos del Profeta, en continente africano, llegando a apoderarse de Ceuta, sentando así en Africa el punto inicial de sus descubrimientos y exploraciones. El espíritu visionario, conquistador, científico y aventurero de su Rey, Enrique el Navegante, debía guiarles. Ese Monarca, a más de fundar en Sagrés una Es-

cuela de Navegación y Geografía, protegió los éxodos portugueses hacia el sur de Africa, en busca de la ruta a la India; esfuerzos que culminan con la expedición de Vasco de Gama quien, guiado por un árabe en el año de 1498, llegó a Calicut, plaza ya conocida por las caravanas árabes que revendían las especias en Europa. El saldo de la empresa daba a Portugal la posesión de tierras en suelo africano y de algunas islas en el Atlántico, amparados por la bula pontificia definidora del señorío portugués sobre la línea de descubrimientos de las Azores al oriente.

«El tornaviaje a America»

Colón emprendió su segundo viaje a América acompañado de mucha gente ansiosa de disfrutar las especias y los metales preciosos que, en creencia vulgar, rodaban por el suelo. La expedición surca el Caribe, descubre las Antillas, siempre arrancando nuevos jalones de tierra al Nuevo Mundo, y, al descansar en la Española, halla el fuerte de la Navidad, —que se construyera en la primera expedición en dicha isla,— destruido y los hombres de su guarnición muertos en combates con los Indios. El Almirante recorrió de nuevo el Caribe, funda la primera ciudad de América que llamó Isabela, en protección de la cual levantó el fortín de la Vega Real, y en vano dirige su proa al poniente en busca del camino a la China, convencido que las Antillas eran el marco oriental del Asia; sin que pudiesa imaginarse que lejos de él, las rivalidades y luchas, incitadas por la ambición y afán de lucro, se sucedían a diario en los nacientes establecimientos coloniales.

Las mismas autoridades, el Capitán Margarit y Fray Boil, dejando de lado sus deberes de policía y espiritual, fomentan los odios y emulación de los colonos para reflejarlos en el Almirante que, a su regreso, tiene que contemplar con enorme amargura, el desconcierto de la sociedad naciente y recibir inesperados desengaños. Colón se somete al fuero de Juan de Aguado, comisario regio que Castilla envía a sollicitud de los descontentos, y regresa a España a responder al Rey de las querellas de los colonos. La Corte le acoge, le arma para una tercera correría con pruebas de verdadera amistad y luego de hundir sus naves en aguas del Orinoco, descubría el

Septentrión de la América del Sur. En Santo Domingo los colonos hallábanse divididos en banderías; para apaciguar los ánimos, Colón adjudica tierras para que utilizaran en ellas el trabajo de los naturales (sistema éste que fué el origen de las reparticiones de Indias) y emplea tantos y variados medios de paz, que no satisfacen al colono. Las noticias diversas y contradictorias obligan a la Corte el envío de otro Comisario regio, Bobadilla, quien prescindiendo de la autoridad del Almirante y convertido en eco del desconcierto, lo encadena y prende para enviarle a España. Colón ostentaba cadenas por preceas, más esas cadenas desaparecerán a voluntad de los Reyes Católicos, y el genovés volverá a emprender el cuarto viaje en posible tránsito a la India, a donde arribará Vasco de Gama por el este, según avisos tenidos, y descubriera la América Central, y gastará bajeles hasta perderlos, y acosado por perfidia y la inquina del Comisionado Obando, se volverá definitivamente a España, enfermo y pobre. Su amiga y protectora Isabel la Católica acababa de morir, y sólo y desvalido, olvidado de todos, aún del mismo Rey Católico, cuyo nieto, por obra del visionario genovés, pudiera decir más tarde que en sus dominios no se ponía el sol, moría el 20 de Mayo de 1506 en la villa de Valladolid. Su espíritu, buscador de universos, recorrería las aguas de aquel mar tenebroso que había dejado de serlo por obra suya; y en las playas de la América virgen donde el Atlántico mar, rinde el tributo de blanca espuma, debía ambular, contando a las olas, que superó el abismo colocado al fin del mar océano por la ignorancia humana,

Colón, en sus cuatro viajes, había descubierto las Antillas, las costas de Guatemala y Venezuela. En las Antillas fundó varios centros coloniales, el primero de los cuales, el fuerte de Navidad establecido en el primer viaje, tuvo el triste fin que ya mencionamos. Pero en los primeros 10 años de descubierta América, los establecimientos fundados por Colón fueron tomando cada vez más incremento y surgieron otros nuevos. En La Española, la minería no dió el producto tan ansiado por el español; no así la agricultura, que, gracias al cultivo de la caña de azúcar prosperó notablemente. Para el cultivo de la caña y el trabajo de las minas, Colón permitió, como ya se dijo, que los españoles emplearan naturales para estos menesteres, sistema, que como se anotó, dió origen al re-

partimiento de indios; mas, lo insalubre del clima, el trabajo excesivo, las enfermedades y rebeliones indias, causaron la disminución de los habitantes de origen, por lo cual, más tarde, Fray Bartolomé de las Casas aconsejaría la introducción de esclavos africanos. El Conquistador estableció otras colonias, en Puerto Rico, explorada por Ponce de León; en Jamaica; en Cuba, colonizada por Diego Velásquez y desde la cual, destinada a ser el último florón colonial de España en América, partiría la expedición a Méjico.

«La ocupación»

Mientras la vida social empezaba a desarrollarse a base de la explotación económica de las islas del Caribe, el español no cesaba en su esfuerzo de encontrar el paso que le llevara a los legendarios países del Asia que imaginábase cercanos, como en penetrar las tierras que se recortaban a la vista de los aventureros bajeles. Vicente Yáñez Pinzón, el compañero de Colón en el descubrimiento, hizo por su cuenta un viaje a América, atravesó la línea equinoccial, recorriendo 800 leguas hacia el sur; descubrió el delta del Amazonas y el Cabo San Agustín, haciendo posesión de ese territorio en nombre del Rey de España, y, volviendo al Norte, navegó por el Caribe y el golfo de Méjico hasta encontrar las Bahamas. En 1508, en unión de Juan Díaz de Solís, recorría la América del Sur, llegando posiblemente hasta el Uruguay. Alonso de Ojeda desembarcaba en el golfo de Urabá, fundando la villa de San Sebastián, desde la cual, Balboa conduciría colonos al Oeste del Darién, en busca de un reino situado hacia el Sur, a orillas del «Mar azul», del cual los indios sabían referir a los españoles la existencia de tal cantidad de oro, que difícilmente podían imaginarse. Este Vasco Núñez de Balboa, otro ibero, cuya vida es una aventura en la que el amor y la gloria se alternan, parte en busca de ese mar azul y de ese reino de oro; llevaba prisa, urgencia de alcanzar la gloria, porque tenía que volver a España a sincerarse de acusaciones habidas contra él, y así, partiendo del Darién, llegó a Careta, desde donde, guía y caudillo a la vez, se elevó a la alta cima del monte abrupto y virgen, hollado por la férrea voluntad del hombre que quería vencer, desde la cual, en un día del 26 de septiembre de

1513, sus ojos deslumbráronse al mirar desplegadas las aguas del «mar azul».

Sin poder detenerse, dicen que exclamó: «Oh mar, qué pacíficas son tus aguas», y descendió a las playas, y allí, caballero andante, penetra en las aguas del mar descubierta, solo y armado; lleva al brazo el Estandarte Real y acuchillando con su espada al Océano, con ritual caballeresco, desafió a los siglos la posesión conquistada en nombre de Dios, para su Señor el Rey de Castilla. El descubrimiento de Balboa indujo al Rey de España a enviar a Juan Díaz de Solís en una segunda expedición, con la cual llega este navegante hasta el río de la Plata. Una flota buscadora del camino al Asia, al mando de Magallanes, encontrará la vía tanto tiempo buscada y llegará a las islas de las especias por el Oeste. Magallanes fue muerto en la expedición, pero Sebastián Elcano, que iba a bordo del Victoria, único bajel que restaba de la flota, la coronaría. El oro y gualda de la bandera española había dado la vuelta al mundo.

El español no desmayaba en su empeño de encontrar la ruta occidental a la India y de almacenar el oro; ambos, acicates fuertes para estimular expediciones seguidas, tanto al Norte como al Sur. Francisco Hernández de Córdova penetró en Yucatán en 1517 encontrando algunas ciudades que conservaban restos del pasado esplendor maya. En 1519, en tanto Magallanes iniciaba su viaje de circunvolución mundial, Hernán Cortés emprendía la conquista de Méjico. Pedro Arias de Avila fundaba Panamá en la Costa del Pacífico, partiendo de la cual Andrés Niño y Gil González Dávila desembarcaban en las cercanías del lago Nicaragua. Hacia el Norte, Ponce de León trataba de establecer una Colonia en la Florida y exploraba las aguas del Atlántico en busca del paso al Asia; españoles fueron, asimismo, quienes exploraron muchas de las tierras meridionales de la Unión Norteamericana. Allí se inmortalizaron, Narváez, Cabeza de Vaca, Hernando de Soto, Fray Marcos de Niza, Francisco Vásquez de Coronado.

Mientras esas correrías se efectuaban en el centro y el norte de América, diez años más tarde de conquistado Méjico, Pizarro conquista y subyuga el Perú en 1531. De allí

parten unas cuantas expediciones a la conquista y descubrimiento de los actuales territorios de las repúblicas del Ecuador, Colombia, Chile y Bolivia. Por el Atlántico se iniciaba la colonización y descubrimiento de las repúblicas del Plata, y más tarde la del Brasil.

Si repasamos las crónicas de la conquista, veremos que junto a la marinería, soldadesca y carne de presidio que forman los tercios de aquellos heroicos hechos de armas y de espíritu, marcha una multitud de caballeros, hijosdalgos, segundones, gente de toga y de iglesia de lo más granado, y no se vaya a creer que únicamente venían a América aquellos que carecían de recursos del vivir en la Madre Patria, y que se aventuraban en los medios hostiles del Nuevo Mundo en busca de riquezas: el amor a la gloria, y la ambición de mando, también fueron señuelos de los exploradores españoles. La leyenda negra, tejida injustamente por los enemigos de España acerca de la conquista y colonización de América, nos ha presentado la heroica epopeya como un hecho antihumano, cruel, exabrupto, en el que el conquistador, tintas las manos en sangre india y el corazón palpitante por el oro, arrasaba con todo para satisfacer su avaricia.

Por un lado sería injusto defender excesos de crueldad que no faltaron, por otro, cabe preguntar qué conquista se ha realizado sin sangre, cuanto más que las matanzas de indios no fueron en ningún momento obra de la crueldad misma, sino de la fatal necesidad en que se colocaron un puñado de hombres armados de lanzas y mosquetes, llamados como estaban a conquistar, colonizar y civilizar poblaciones y territorios vastos que, a pesar del esfuerzo empleado, no todos en su integridad entraban en contacto del español, ya que, aún en nuestros días existen regiones vírgenes, pobladas de salvajes que no alcanzaron a recibir influencias del castellano. Y por otro lado, no se advierte que los detractores de España se han abstenido de considerar que ella jamás aniquiló a los indígenas, como más tarde lo hicieran descendientes de otros pueblos en el propio continente americano. La obra de la conquista no podía ser, en ningún momento, como un plesbítico, era una lucha y una pugna entre dos civilizaciones, dos

culturas y dos razas; lucha en la que tenía que imponerse al bárbaro, el más civilizado y más culto, y esta imposición la realizó el español, antes que con su fuerza, con el valor de su espíritu. El primer detractor de la colonia, con exageración y todo, fue Fray Bartolomé de las Casas, que, con recomendable simpatía a los naturales, concedió sólo a éstos y a los españoles la calidad humana, restando este atributo a los africanos, introducidos por su intervención en el Nuevo Continente para que sirvieran de esclavos.

¿Dos razas?, ¿dos culturas? Efectivamente: la Occidental blanca, que se enfrentaba a la Americana, establecida desde hace más de una o cinco miríadas de años, con sus teogonías, leyendas, hábitos y costumbres, y diferenciada en tantas variedades, como los Nahuas y Toltecas en Méjico, los Mayas en éste y Guatemala, los Quechuas en el Perú, los Chibchas en Colombia, Aimaráes en el Sur, variedades que, con los Caribes, Arawaks, Araucanos, Guaraníes, Patagones, Fueguinos, etc., gozaban de diversas organizaciones sociales, como grados culturales.

«México»

Cortés, en su conquista de Méjico en 1519, sometió a los Aztecas pertenecientes a la familia de los Nahuas, quienes tampoco fueron los primeros habitantes mejicanos que elaboraron una civilización superior, ya que antes de ellos se habían establecido, entre Tehuantepec y el E. de Honduras, los Mayas, que a su vez, encontraron allí pueblos más primitivos que el suyo, a los que debieron vencer, expulsar o absorber, antes de crear su propia civilización, que fué forjándose lentamente hasta alcanzar el esplendor de que son testimonio las ruinas de las ciudades mayas de Copán, Tulún, Uxmal. Cada ciudad maya era independiente políticamente, y debía estar en lucha con sus similares. Las ciudades estaban defendidas en parte por recintos amurallados de piedras, material con que se construían también los templos, palacios y casas de los ricos. El pueblo estaba organizado jerárquicamente en esclavos, labradores, comerciantes, artesanos, sacerdotes, militares y nobles, siendo superiores a las demás estas tres últimas clases, las que se distinguían por el uso de adornos hechos

con metales finos, tatuajes en el cuerpo, y llevando las pocas ropas que usaban repletas de numerosos y hermosos bordados. La caza, la agricultura y el comercio se desarrollaban cooperativamente; era conocido el laboreo de los metales preciosos, siendo desconocido el hierro. Los Mayas tuvieron conocimientos precisos sobre astronomía, usaban un Calendario y utilizaban un sistema numeral vigesimal. Por las ruinas de las ciudades mayas hemos llegado nosotros a darnos cuenta de sus adelantos en la Arquitectura que se nos manifiesta haber poseído un gran sentido de solidez, proporción y belleza; en Arquitectura no conocieron los arcos y emplearon como elementos decorativos estatuas esculpidas, bajos relieves, y pinturas en las que representaban escenas de caza, de guerra e interpretaciones de la religión maya, sobre la cual así como también sobre la historia de este pueblo, tendríamos más datos al no haber sido quemados lo que diríamos sus Archivos, en los que sobre pieles y una especie de papel hecha de vegetales debían estar grabados, con caracteres mayas, los datos que nos hubieran servido para conocer mejor la civilización de ese pueblo. En Religión, llegaron a venerar a un Dios monoteísta, por más que rendían culto a una multitud de dioses, lo mismo que al espíritu de los antepasados, puesto que creían en la existencia de una vida de ultratumba con premios y castigos.

Pero pronto los Mayas fueron desplazados por los Toltecas que asimilaron la cultura de ellos, y, juntándose con otro grupo Naha, el de los Zapotecas, formaron un extenso imperio que tuvo su civilización propia y que abarcaba el istmo de Tehuantepec y el norte de Yucatán. Más a poco se disuelve el imperio en una confederación de pueblos Nahuas: los Tepanecas, Acolhuas y Aztecas, siendo estos últimos los que dirigían dicha federación, por lo cual con su nombre se designó a todos los habitantes del suelo mejicano. Las tribus eran independientes en tiempo de paz, pero no sucedía lo mismo durante la guerra, ocupación normal de la federación, en que asumían la dirección los Aztecas.

Socialmente, el Estado Azteca tenía una organización semejante al de los Mayas. Las clases superiores eran dueñas de grandes territorios, mientras que la vida económica de las

clases inferiores y campesinas se desarrollaba en forma cooperativa. Existía la esclavitud, pero el esclavo era tratado decorosamente, podía tener bienes y sus hijos nacían libres. Al frente del Estado se encontraba el Emperador, elegido cuenta habida de sus hazañas guerreras y los lazos de sangre que le unían al Emperador anterior, por un colegio electoral formado por los clanes de la nobleza. El Emperador era absoluto, pero su poder era restringido por un Consejo formado por dos sacerdotes y los representantes de las tribus confederadas. Los Aztecas, a través de los Toítecas, habían heredado de los Mayas el sistema numeral, el calendario y la Arquitectura, y las reformas que introdujeron en toles sistemas y en los órdenes arquitectónicos nos permiten hablar de un Calendario, sistema numeral y Arquitectura Azteca. Este pueblo tuvo un sistema judicial en manos del Emperador, Juez Supremo, y de Jueces vitalicios nombrados por él, que a su vez nombraban sub jueces. Las penas eran severas y las ejecuciones crueles, como cruel era la ocupación preferida de los Aztecas: la guerra, y como igualmente era sangrienta y cruel la religión en la que junto a un solo Dios Creador, se adoraban varios dioses, a los que había que hacer sacrificios sanguientos, ya sea del corazón o de las vísceras de las víctimas, que cuando eran prisioneros de guerra, una vez consumado ese sacrificio, sus restos eran devorados. Los sacerdotes, aparte de cumplir los ritos religiosos, enseñaban a la juventud en edificios adyacentes a los templos, el ritual religioso, la Astrología, la Arquitectura, en fin, trataban de inculcar en las generaciones jóvenes, la cultura Azteca que había alcanzado un grado de desarrollo notable: la Medicina estaba regida por principios empíricos de terapéutica vegetal, en Astronomía habían conocimientos precisos, las leyes sancionaban una moral elevada y las Artes estaban protegidas por el Estado mediante comisiones que atorgaban premios.

Y este Imperio Azteca fue conquistado por el español, en una de las más portentosas hazañas que recuerdan los siglos: Hernández de Córdova que desembarcara en Yucután en 1517, al asombrarse ante las ruinas de los Mayas, intuyó en la Comarca la existencia de una civilización tan notable, como hasta entonces no habían conocido los españoles en América. Volvióse a Cuba refiriendo las noticias al ambtelono Velázquez,

Gobernador de la isla, quien como hubiese muerto Hernández de Córdoba, encargó a Grijalva, y más tarde a su Secretario, un hidalgo extremeño llamado Hernán Cortés, la misión de explorar las tierras oteadas por Hernández de Córdoba. Parece que el Gobernador se arrepintió del encargo y dió contraorden de suspender la expedición, pero era ya tarde; Cortés había decidido ir en busca de su gloria, y desobedeciendo la orden de Velásquez, zarpaba de la Habana con unos pocos hombres y caballos, el 10 de febrero de 1519. Desembarcó cerca del río Tabasco y derrotó a un ejército de indios que, tratados luego por Cortés, con sumo tacto, le regalaron varios presentes y doncellas indias, entre ellas Marina, hija del Cacique, mujer bella, lista, leal y conocedora de las lenguas indígenas, que fue ayuda inapreciable en la conquista de Méjico. Siguiendo al norte desembarcó en un paraje, en donde fundó la villa Rica de Veracruz, primera ciudad de una colonia independiente. Instaló su Cabildo, el cual, al recibir de Cortés la dimisión que él hiciera del cargo confiado por Velásquez, le discernió la jefatura de la Expedición conquistadora del fabuloso país de Anahuac. Algunos descontentos pensaron en desertar de la empresa y regresar a Cuba; Cortés castigó a los cabecillas, y luego de enviar presentes a Carlos V, quemó sus naves, en odiseico gesto, que recordarán los tiempos, como ejemplo y símbolo de la voluntad creadora, que sublimándose, subordina la existencia misma al triunfo del deber, a la gloria, a la conquista del ideal.

Al ascender la meseta, Cortés hizo amistad con algunos caciques indios, encontrándose con la resistencia de los Tlascaltecas, con cuyos jefes tuvo varios encuentros, «hasta venir en paz con ellos», y convertirlos en aliados, alianza de valor inestimable dada la enemiga de los Tlascaltecas con los Aztecas. Prosiguiendo el avance, Cortés llegó a Cholula, la cual según la describía Cortés, era «más hermosa que las ciudades de España», y que por poco no fue la tumba del castellano, si Marina no hubiera advertido una conjuración indígena para exterminar a los expedicionarios. En tanto, Moctezuma, sabedor del avance de los conquistadores, envió emisarios invitándoles a visitarle en Tenochtitlán. Cortés fue allí recibido, alojado por los indios y tratado como amigo, mas, al saber el atesinato de Escalante, su Segundo en Veracruz, se

apoderó de Moctezuma; infundiendo pánico en los indígenas. Ya no solo con ellos debía medir sus armas, sino con los mismos castellanos. Velásquez, el de Cuba, había destacado a Narváez contra el Conquistador. Los tercios castellanos se encuentran en Campoalla, es derrotado Narváez e incorporadas las tropas vencidas a los cuarteles de Cortés. Entre tanto, Pedro de Alvarado que había quedado en la ciudad Azteca, tuvo que reprimir duramente las revueltas de los indios, que se lanzaron contra los españoles obligándoles a abandonar la capital en memorable noche triste, atravesando los diques y canales que unían la ciudad, emplazada en una isla en medio de una laguna, con la tierra firme, llegada a la cual la pequeña hueste comenzó a retirarse hacia la ciudad aliada de Tlascala. Al atravesar la llanura de Tonanpoco, cerca de Otumba, la hueste fue atacada por un ejército numeroso de Aztecas, que supersticiosamente huyeron abandonando el campo de batalla, cuando Cortés a la cabeza de un grupo de jinetes se apoderó del estandarte azteca. Airosos de tan desigual combate, los castellanos se retiraron a Tlascala. Cortés emprendió nueva expedición contra la Capital Azteca construyendo navíos que cortaron los acueductos y atacaban las ciudades desde el lago Texcuco. El caudillo Azteca que, ferozmente, defendía la integridad del Imperio, era Huatemoc que cayó al fin vencido tanto por el coraje y heroísmo de los hispanos, como por el odio inveterado de los aliados de éstos, los Tlascalas. Méjico se unía a la Corona española. Cortés al conquistar a los Aztecas cuya capital había destruido, inmediatamente ordenó la construcción de una nueva ciudad, y al ajetreo febril en la colonia surgieron los edificios e iglesias levantadas por todas partes. Al mismo tiempo se introducían plantas exóticas: la caña de azúcar, los naranjos, las uvas y el trigo empezaban a florecer junto al maíz nativo. A efecto de que el pequeño número de españoles extendiesen y cultivasen mayor extensión de territorio, se implantó el sistema de las Encomiendas o Repartimientos; para que las minas fuesen explotadas en mayor escala, se establecieron las Mitas, y para aprovechar la lana de las ovejas importadas de Europa, se instalaron los Obrajés. Cierto que la riqueza se acumulaba en las arcas de los hijosdalgos y en la Tesorería de su Majestad a costa de la vida de los indígenas que trabajaban, pero es cierto también que el castellano se sirvió de las institu-

ciones establecidas para el trabajo, para ir incorporando la vida indígena a la española, con el propósito, o la visión, de una nueva cultura, si considerada como autóctona de América, debía ser la aclimatada en el nuevo medio físico, barnizada del ancestro indígena, en armoniosa, o dolorosa mixtura a veces, de dos elementos tan disímiles: la raza hispánica y la india. Cortés, indispuerto en la Corté Española, fue privado del Gobierno colonial por el Obispo Fonseca. Trasládóse a Castilla a justificarse de las quejas que los envidiosos de su gloria, consiguieron hacer llegar al trono español, el que destituyó a Cortés nombrando un Virrey. Encargado el Conquistador de nuevos descubrimientos y empresas, regresó a América, mas, desabrido de nuevo, se volvió a España en donde, se dice que peleaba en los gloriosos tercios españoles, ansioso de recuperar el favor real. Los días de triunfo habían pasado para Hernán Cortés. Cuenta la leyenda que un día cruzó un hombre ante la litera del Emperador Carlos V, y que al interrogarle el Monarca que quién era, el transeúnte le contestó ser «el que le había dado más dominios que los que le habían legado sus abuelos». Ese hombre era Hernán Cortés, que murió pobre, olvidado y obscuramente, en 1547.

«Centroamérica»

Antes de la conquista del Imperio Azteca, fue sojuzgado el itmo de Panamá. Vasco Núñez de Balboa después de su hallazgo de la mar del Sur, retornó a Santa María del Darién, cuyo Gobernador era el famoso Pedro Arias de Avila, llamado el Resucitado, quien las hubo con Balboa. Gracias a su compromiso de casarse con la hija del Gobernador Arias, logró escapar a la muerte y ser nombrado Adelantado, explorando con este título las costa occidental del Itmo de Panamá y el Archipiélago de las Perlas. Al regreso de este viaje fue tomado preso, juzgado por tontas quimeras y ajusticiado. Arias de Avila, mientras gobernaba en Darién, concibió el plan de ampliar el territorio sujeto a su mando; para el efecto envió una expedición exploradora de las costas de las actuales repúblicas de Costa Rica y Guatemala, la cual llegó hasta el puerto de Nicoya. Poco tiempo después se empezó la conquista de estas regiones, iniciándola por la de la actual

Costa Rica, llamada entonces Castilla del Oro, hacia la cual dirigióse por mar el Licenciado Gaspar de Espinosa, en tanto que por Tierra Firme avanzaba otra expedición al mando de Francisco Pizarro. Espinosa saltó en Burica y uniendo sus fuerzas a las de Pizarro, empezó una guerra con los indígenas que duró nueve años.

Más tarde, Gil González visitó esas regiones y a través del territorio costarricense llegó a Nicaragua, a la cual arribaba al mismo tiempo por mar. Andrés Niño. Los españoles entraron en tratos con algunos indígenas, pero fueron obligados a reembarcarse por el ataque de otros. Gil González decidió hacer otra expedición a la América Central, con la cual llegó a Honduras, país en el que, por ese mismo tiempo, Hernández de Córdova fundaba las ciudades de Granada y León, lo cual dió origen a una serie de desavenencias entre los dos grupos de conquistadores. A la vez, desde Méjico venían Pedro de Alvarado y Diego de Olid, con la consigna de explorar los territorios situados al Sur; Olid se dejó seducir por Velásquez de la Habana y fue vencido por Las Casas, quien, al amparo de Cortés, recibió el auxilio necesario para su expedición con la cual fundó la ciudad de Trujillo.

Alvarado y sus cuatro hermanos no cesaron en su empresa: de Tehuantepec y Soconusco penetraron en tierras de la actual Guatemala, luchando contra los Quichés, los Cakchiqueles y los Tzutuhiles, tribus a las cuales venció, sometiendo así la mayor parte del territorio, hasta el puerto de Acazual, la actual San Salvador, y fundando la ciudad de Santiago de los Caballeros. No se daban descanso en la lucha con los indígenas hasta obtener la completa pacificación y sumisión del territorio, conseguidas las cuales, don Pedro se volvió a Méjico en demanda de la Gobernación de Guatemala para su hermano Jorge, cargo que le concedió Cortés. Con esto, y en tanto las expediciones se multiplicaban y estorbaban a merced del entusiasmo y rivalidad de los conquistadores, que una vez acataban a Cortés y en otras a Arias Dávila, fueron colonizándose lentamente Costa Rica, Honduras, Nicaragua y Guatemala.

«El Incario»

Mientras el Imperio Azteca, al norte, era subyugado por Cortés, y una pleyáde de guerreros hispanos descubría y colonizaba la América Central, en América del Sur, bañada por las aguas de ese mar azul descubierta por Balboa, extendíase y florecía un Imperio que abrazaba tanto como los actuales territorios del Ecuador, Perú, Boliyia y el norte de Chile. Este imperio llamado Pirú en lengua indígena, a la llegada de los conquistadores, estaba dominada por los Incas, a cuya civilización habían precedido otras culturas, de pueblos anteriores al Incario, dedicados al cultivo y regadío del suelo y al arte de tejer lanas que obtenían de las alpacas y llamas; cultura que más tarde dió paso a otra más adelantada que se caracterizaba por las grandes construcciones en piedra, por el laboreo de los metales, la delicadeza y elegancia de la alfarería, la riqueza en los tintes de los tejidos de lana; civilización que se extendió lentamente por el Perú, desde centros de vida alejados unos de otros, representados especialmente por los de Tiahuanaco, Chavin y el que debió estar a orillas del lago Titicaca.

Entre los pueblos que posían esa cultura, se destacó el de los Incas, grupo indígena cuyo idioma era el quechua, y que poseía grades dotes organizadoras y políticas. Este grupo en poco tiempo colocóse a la cabeza de las tribus peruanas, y sometió a su dominación a los pueblos y tribus comprendidas del Angasmayo al Maule, con toda la mesete boliviana, hasta el valle superior del Plata. Para explicar el origen de los Incas, los peruanos señalaban la leyenda de que el primer Inca, o sea el soberano del Perú, había salido del lago Titicaca y era hijo del Sol. Este soberano legendario, llamado Manco, estableció la dinastía cuyos sucesores dominaron toda la extensión que hemos dicho, y a la cual llamaban el Tahuantinsuyo. Uno de los últimos Incas, Huaynacapac, habiendo conquistado el Reino de Quito, repartió su trono entre sus hijos: el Inca Atahualpa nacido en Quito, como fruto de los amores del Emperador peruano con una princesa quiteña, recibió lo que había sido el reino de los antepasados de su madre, mientras que Huáscar nacido en el Cuzco, capital del Incario, y heredero de la Corona peruana, recibía el

resto del Imperio. Esto sucedía cuando ya los españoles habían desembarcado en América y la estaban conquistando. Huáscar, ambicioso, promovió la guerra contra su hermano, el cual le derrotó y unificó el Imperio que la voluntad de su padre había fraccionado entre los dos hermanos. En este momento de la historia indígena peruana, hacen su aparición los españoles en el Tahuantinsuyo.

Las noticias del pueblo peruano nos han llegado por la Arqueología, las tradiciones de los indios educados por los castellanos, y las crónicas de los conquistadores, ya que el único sistema de escritura que al parecer empleaban los peruanos, el de los quipos, no ha sido interpretado hasta ahora. Este material da una idea bastante aproximada de ese pueblo: a la cabeza se encontraba el Inca, hijo del Sol, soberano absoluto, que mandaba los Ejércitos, presidía el culto religioso, y ceremonias públicas, administraba la vida civil, militar y religiosa, pero cuya voluntad, sin embargo, estaba limitada por las leyes establecidas por la costumbre, que regulaban las relaciones entre gobernantes y gobernados. Al Inca rodeaba una guardia especial, escogida entre los nobles: «los orejones», y de los cuales salían los administradores del Imperio y los Jefes de los Ejércitos. Las familias estaban organizadas en grupos: «el ayllu», que a su vez estaba subordinado a un funcionario. El Inca era el juez supremo del Imperio, pero existían jueces encargados de administrar justicia, y las penas eran severas. Los súbditos del Imperio estaban obligados a contribuir al sostenimiento del Estado por medio de prestaciones personales y tributos fijos, que también se exigían a los pueblos sometidos, los que eran tratados con bondad siempre que se sometían al Inca, quien establecía en los territorios conquistados, centros militares, que, a más de custodiarlos, eran focos de difusión de la cultura incaica.

El pueblo que se negaba a obedecer, era trasladado en masa a otros lugares del Imperio, viniendo a ocupar otros grupos indígenas, el lugar que aquellos habían dejado. La tierra pertenecía al Estado, y se la distribuía en tres partes: una del Sol, con la cual se sostenía la religión; otra del Inca, que ingresaba, diríamos, al tesoro público; y una tercera del pueblo, que se distribuía entre las familias, de modo que

con el cultivo de la parcela asignada, podían subsistir ellas. Los peruanos trabajaban en orden esos campos: primero los del Sol, luego los del pueblo, y por último los del Inca, estando socializado, a más de la tierra, el mismo trabajo, ya que cada individuo lo tenía señalado, según las circunstancias, sin poder eludir de él, y debiendo cumplir estrictamente lo que se le había encomendado, con lo cual aseguraba su vida. La necesidad de labrar la mayor cantidad de tierras, y no dejarlas incultas, demandaba continuo trabajo, por lo que las fiestas públicas eran reglamentadas, y aún los matrimonios se realizaban en toda la nación en un mismo día del año. Los indígenas no tenían más animales domésticos que las llamas y alpacas, que a más de proveerles de carne y lana, les servían para el transporte de pequeños fardos a través de los senderos y calzadas que unían todo el país, y en las cuales había, de trecho en trecho, «tambos» para los caminantes, como también puentes colgantes para salvar los abismos y terraplenes que ni velaban las quebras. Un servicio de correos extendido en el territorio, llevaba oralmente de hombre a hombre y de un extremo a otro del Imperio, las órdenes que impartía el Inca.

La arquitectura merece especial interés. Construyeron palacios para sus Reyes y templos para sus divinidades, de fuerte solidez y proporciones de líneas notables, utilizando grandes prismas de piedra que las labraban con mucha habilidad. Los sillares los superponían unos sobre otros con admirable maestría, empleando para unirlos un mortero especial.

No obstante el estado de fetiquismo y sabeísmo en que vivían, tenían un dios principal, divinidad semi-espiritual, a la que atribuían la creación, pero daban entre todos los dioses, principal culto al Sol. Los sacerdotes practicaban los servicios religiosos, y había «vírgenes del Sol» que se ocupaban de mantener vivo el fuego sagrado, alejadas, en especie de monasterios, del trato de los mortales. El Inca también era adorado como Dios, ya que se le creía hijo del Sol, siendo a la vez el sacerdote supremo de la religión peruana.

Este era el Incario que la fortuna había reservado a Francisco Pizarro. Pizarro, un extremeño pobre, venido a América causado de cuidar cerdos, habíase distinguido en al-

gunas expediciones en Centro América, aunque la suerte no le favoreciera en ellas. Su amistad con Andagoya, que había recorrido las costas del Mar del Sur, despertó en su ánimo el interés de conquistar el fabuloso imperio del que había noticias por ese navegante. Formó una sociedad con Almagro y el Obispo Luque, y, con la venia del Gobernador de Panamá, se embarcó en noviembre de 1520 hacia al Sur, a donde debía de seguirle más tarde Diego de Almagro, Pizarro costeó la Tierra Firme del Sur por espacio de 70 días de penosísima navegación, encontrando tan sólo lugares húmedos, malsanos y cubiertos de exuberante vegetación, viéndose obligado a tomar tierra en lo que llamaron el «Puerto del hambre», desde donde se despachó un navío al Archipiélago de las Perlas en busca de alimento. Con el auxilio que recibiera, continuó su exploración hacia el Sur, tocando Pueblo Quemado, de donde regresó a Chiclana, llevando varios soldados heridos en los combates con los naturales. Allí le dió encuentro Almagro, que retornaba de buscarle por la ruta seguida por el Conquistador.

Vencidas las dificultades que les opuso el Gobernador Pedro Arias, y conjurados los inconvenientes de orden económico, Pizarro hízose a la vela, desembarcando a orillas del río San Juan. Por los informes que le diera Bartolomé Ruiz, primer piloto que atravesó la línea equinoccial, pudo orientar mejor su expedición. Bajó hasta Atacames, con lo cual alcanzó a reconocer la riqueza del imperio que buscaba. Encontró prudente retornar a la Isla Gallo, en tanto que Almagro se trasladaba a Panamá a organizar una expedición mejor equipada. El Gobernador de esta ciudad, temeroso de la suerte que podían tener los que se habían quedado en Gallo y por súplica de los llegados a Panamá, envió a Tafur para que condujera a Panamá a los expedicionarios que habían quedado en dicha isla. Pizarro, temeroso de quedarse solo y no realizar su proyecto, traza una raya en el suelo con su espada y señalando hacia el Sur, dice: que ese es el camino de las penalidades y peligros por el cual se va hacia el Perú a ser ricos, e invita a pasar la raya a los que quieran seguirla.... Pizarro cruza la raya y le siguen 13 camaradas, con quienes, una vez que Tafur se ha vuelto a Panamá, pasa a la isla Gorgona de la que vendrán a rescatarlo. En vano esperó Pizarro que

fuera Almagro a salvarle; pasados meses, conmovidos en Panamá, enviaron un bajel en busca de los expedicionarios. Pizarro se sirvió de este auxilio para llevar adelante su empresa y, así, pudo regresar a Panamá, después de tres años de correrías por las costas y poblaciones indígenas del litoral hasta Túmbez. La gloria y el oro enardecían el espíritu castellano, y como los socios carecían de elementos para armar la expedición definitiva, en 1528, enviaron a Pizarro a la Corte. En España alcanzó Pizarro los medios de que carecía, y armado de Capitán General y Adelantado, y muchas prebendas más, vino a América en compañía de cuatro hermanos suyos que se le unieron en la península.

Pizarro zarpó de Panamá, y después de visitar y entrar a saco varias poblaciones extendidas a lo largo de la costa, llegó a Túmbez, región en la que fundó, en septiembre de 1532 la ciudad de San Miguel de Piura, que le sirviera de asiento para escalar la serranía andina y enfrentarse con el Emperador Atahualpa, que a la sazón, encontrábase en Cajamarca alarmado con la aparición de gente blanca y barbuda en su imperio. Cruzáronse mensajes entre Atahualpa y Pizarro, quien, en un golpe de audacia, resuelve apoderarse del Emperador, aprovechándose de la entrevista ajustada con él.

Pizarro llegó a Cajamarca, y Atahualpa, ostentando las insignias de la realeza, va a buscarle. Adelántase el Padre Valverde, le conjura su sumisión al Rey de España y la creencia en el Dios de los cristianos con la Biblia en la mano, y como el Emperador ignora de esas cosas y arroja de su vista el sagrado libro, los castellanos, como de seña convenida, atacan con sus caballos, arcabuces y bombardas al ejército de 6.000 indios que custodiaban al Inca; los que salvaron de la muerte huyeron despavoridos, mientras los castellanos arrojándose sobre Atahualpa, se apoderan de él, para condenarle a muerte días después con burla del cuantioso rescate en oro ofrecido y pagado por su libertad, e invocando la contravención de normas jurídicas y morales desconocidas en el Inca-rio.

Había que someter todo el Tahuantinsuyo: al norte iba Benalcázar que conquista el Reino de Quito y funda la

ciudad de San Francisco de Quito; los españoles llegan al valle de Jauja y otra expedición se apodera del Cuzco; en tanto Almagro emprende la conquista de Chile; Pizarro ha fundado la ciudad de Lima, y en ella establece el gobierno de la naciente colonia. Almagro regresa de Chile a reclamar para sí el gobierno del Cuzco por considerarlo fuera de la gobernación de Pizarro y dentro de la suya, se apodera de Hernando Pizarro, el que, recobrada su libertad, y sin esperar el fallo que dirimiera la latitud de las gobernaciones, reduce a prisión a Almagro y le condena a muerte. El odio entre Almagro y Pizarro que naciera muchos años antes, no termina con la muerte de don Diego, ya que sus partidarios estuvieron conspirando y asechando la oportunidad de vengarlo, cosa que lo lograron el 26 de junio de 1541, cuando el Marqués don Francisco Pizarro fue asesinado en su Palacio de Lima.

Gonzalo Pizarro, nombrado Gobernador de Quito, al saber que en dirección oriental existía un país sumamente rico, llamado «El Dorado», se lanzó a conquistarlo trasmontando los ramales orientales de la cordillera de los Andes. Patrocinado por el Cabildo de Quito, con hombres y recursos quiteños, emprendió una de las más fantásticas expediciones, en la que la muerte, el hambre y las penalidades les asaltaban a cada instante. Su Segundo, Francisco de Orellana, que se separara de la expedición en busca de víveres, se aventuró por el Napo río abajo, y sin poder navegar contra corriente ni atravesar la selva para retornar a los expedicionarios, fué a desembarcar en el Pará, descubriendo al Rey de los ríos, el Amazonas,

Almagro, que siempre anduvo enemistado con Pizarro desde las capitulaciones que éste celebrara con Carlos V para la conquista del Perú, aprovechó el nombramiento de Adelantado que el Rey le hiciera en los territorios situados al sur de los de Pizarro, y así dominó los pueblos situados al sur del Incaio, y mientras su Segundo, Saavedra, ocupa Bolivia, Almagro, venciendo a la naturaleza hostil, siguió abriéndose paso hasta Copiapó, situada en regiones más fértiles, habitada por la valiente y altiva raza araucana, ante cuya resistencia indomable, la falta del oro en las cantidades esperadas, y también las noticias del levantamiento del Inca Manco, resolvió

volverse al Cuzco, en donde estaba sitiado Hernando Pizarro, su futuro asesino. Almagro, al parecer, llevaba otros propósitos; mas el destino le tenía trazada su suerte. Agriadas cada vez más sus relaciones con los Pizarro, fue capturado y ajusticiado por Hernando Pizarro; con lo cual, aquella figura, que entre las de los conquistadores se destaca por su caballería y audacia, desaparece de la historia, poniendo en su vida, nimbada de hálitos de epopeya, los tintes sombríos de la tragedia.

La tierra chilena atraía a los españoles, y pronto se formó una segunda expedición al mando de Pedro de Valdivia, que penetró en tierra araucana. En febrero de 1541 fundó la villa fortificada de Santiago, y unas veces con el hierro, ótras con habilidad, fué sometiendo a las tribus de las comarcas inmediatas, que recibieron de buen grado los métodos guerreros y oficios de los castellanos, para servirse de ellos en levantamientos de armas con su célebre capitán Lautaro. La intriga de sus propios comilitones, no le faltó a Valdivia quien, impertérrito, sin más paréntesis que el necesario para trasladarse a Quito a prestar ayuda a la autoridad legítima de España, en lucha con los Pizarro, siguió empeñado en someter al araucano que le oponía feroz resistencia, hasta que prisionero de los indígenas en la batalla de Tucapel, Valdivia fue cruelmente sacrificado. La conquista de Chile fue haciéndose lentamente, ya extendiéndose hacia Tucumán, ya hacia los territorios del Sur, siempre en lucha con los indomables araucanos, cuyos caudillos, Colocolo y Caupolicán, causaron tal admiración en los conquistadores, que Alonso de Ercilia los inmortalizó en el poema «La Araucana»

«La Capitanía de Venezuela»

En la región del Norte, la actual Venezuela, cuyas costas las descubrió Colón en su tercer viaje, fue visitada por Alonso de Ojeda y Américo Vespucio que la bautizaron con el nombre de Venezuela, en recuerdo de Venecia, por el parecido de ésta ciudad con algunas aldeas indígenas lacustres que encontraron. Ojeda fracasó en su intento de establecer una colonia en ella, pero fundó San Sebastián de Urabá. El

Padre Las Casas intentó colonizar el territorio con la predicación evangélica, fracasando en su proyecto, de la misma manera que la expedición alemana de Federman, hecha por cuenta de España, a cargo de la Casa de Banca «Wesler». La Corte española siguió favoreciendo nuevas expediciones que, poco a poco fueron reconociendo y colonizando el país, logrando darle una unidad administrativa con la denominación de Capitanía de Venezuela, cuya capital, la ciudad de Santiago de León de Caracas, fue fundada por Diego de Lozada en 1567.

«El país de los Chibchas»

Entre Venezuela y el Reino de Quito, que había sido anexionado por los Incas a su Imperio, se extendía el país de los Chibchas, uno de los pueblos más civilizado que encontraron los españoles en América y que habitaban parte del actual territorio de Colombia. El gobierno de ese pueblo era despótico, existiendo varios señores o reyes independientes llamados Zaques, cuyas personas, consideradas como sagradas, vivían en espléndidos palacios. Los zaques o reyes chibchas, al igual que los Idocanzas o sumos sacerdotes, eran elegidos de entre los más nobles caciques. Los Chibchas creían en un Ser Supremo, al que denominaban «Chiminigagua», junto al cual adoraban al dios de la Tierra, la diosa de los Campos y al Sol, dios, éste último, al que ofrecían sacrificios humanos; rendían culto a los dioses en templos adornados de oro. Por los muertos tenían gran respeto, conservando en las casas los cadáveres de los antepasados. El idioma chibcha, hoy desaparecido, dicese que era dulce y sumamente rico. La agricultura estaba notablemente adelantada, habían construído canales para el riego, y para facilitar las comunicaciones existían caminos con puentes colgantes sobre los ríos y barrancos. Conocían y trabajaban el bronce, el cobre, el plomo, como también los metales finos

En 1525 había sido fundada la ciudad de Santa Marta por Rodrigo Bastidas, y Pedro Heredia fundó en 1533 Cartagena, organizando más tarde una expedición que subió por los ríos Magdalena y Cauca, llegando hasta la actual Antio-

quia; realizó más tarde una segunda expedición en la que luchó denodadamente con los indígenas, y adquirió noticias de un pueblo rico y civilizado en el interior del país. Llegadas estas nuevas, Gonzalo Jiménez de Quesada, salió de Santa Marta en 1536 a someter el imperio Chibcha. Después de sufrir penalidades sin cuento y combatiendo con los indígenas a través del río Magdalena, ya bastante informado por los naturales, Quesada abandonó el curso del Magdalena, cruzó los Andes y llegó al país Chibcha que, a su llegada, lo gobernaban cinco señores independientes, de los cuales, el más poderoso era el Zipa o Zaque de Bacatá. Aprovechándose el conquistador de las disidencias de los súbditos contra sus señores, por los abusos que cometían contra ellos, y en veces acudiendo a las armas, Quesada fue sometiendo a los naturales; para tener que enfrentarse con el alemán Federman que venía en su recorrido de Venezuela y con Sebastián de Benalcázar que llegaba del Sur, después de haber fundado las ciudades de Quito y Popayán.

Grande fue la sorpresa de los tres Capitanes al encontrarse en pleno centro chibcha y a punto estuvieron de acudir a las armas para definir la precedencia en el derecho de conquista. Los Capitanes sometieron sus diferencias al Rey de España, por lo cual, Quesada después de fundar Santa Fé de Bogotá en 1539, viajó a la Corte, que sólo muy tarde, en 1569, después de establecido el nuevo Reino de Granada con su Audiencia, confirió el título de Mariscal de ese reino a Jiménez de Quesada, quien al llegar a Santa Fé, emprendió en el desastrosos viaje hacia «El Dorado», que no lo encontró jamás, falleciendo en 1579 en la ciudad fundada por él.

«El Brasil»

Habíamos dicho que Vasco de Gama llegó a Calicut dando la vuelta al Africa. A raíz de esa expedición y por los convenios ajustados con algunos reinos de la India, el Portugal, anualmente, debía enviar una expedición hacia aquellas regiones. La primera de esas expediciones, dícese, que fue arrastrada por las corrientes marítimas, las que, sin querer, la llevaron a un país desconocido que se tomó por una isla. Esto suce-

día en 24 de abril de 1500. La expedición estaba mandada por Pedro Alvarez Cabral, que ancló en la bahía que llamó de Porto Seguro, tomando posesión de esas tierras en nombre del Rey de Portugal.

El país descubierto era el Brasil, poblado por un gran número de pueblos diferentes, de los cuales eran los más poderosos los Tapuyas y Tupíes. Los Tapuyas se hallaban organizados en una especie de forma teocrática, siendo los sacerdotes los que dirigían la vida de esos pueblos, que veneraban a Hucha, dios maligno; creían en el alma y estaban bastante atrasados, existiendo la antropofagia entre ellos. Los Tupíes formaban muchas tribus independientes, y al parecer tenían mucha semejanza con los Guaraníes; sus dioses representaban las fuerzas de la naturaleza, reconocían la existencia de genios buenos y malos y creían en la vida de ultratumba. Cada tribu de los Tupíes elegía su Jefe y la Asamblea de éstos decidía la suerte de todas ellas.

El Brasil, cuyas costas las descubrieron mucho antes los navegantes españoles, se convirtió en posesión portuguesa desde la ocupación de Alvarez Cabral en nombre de Portugal. Sin embargo, no fue colonizado y explorado sino más tarde, ya que, al principio, se contentaron los marinos portugueses con sacar maderas de tinte, como el «palo del Brasil», de donde tomó su nombre el país. Sólo durante el reinado de Juan III se empezó la exploración del territorio, mediante concesiones a lusitanos aristócratas que, con el territorio concedido, recibían el poder de ejercer en él jurisdicción civil y criminal, reservándose la corona el derecho de acuñar moneda y percibir el diezmo. Martín Alfonso de Souza estableció una colonia: el actual Estado de San Pablo; Martín Ferreira: Parahiba del Sur; Vasco Fernández Coutinho: la del Espíritu Santo, e igualmente otras muchas colonias fueron fundadas por los concesionarios. Tal sistema no dió el resultado esperado, por lo cual las concesiones fueron revocadas y Tomás de Souza acompañado de Jesuitas llegó a tierras del Brasil, a colonizarlas por cuenta de la Corona; se fundó la colonia de San Salvador y gracias a la actividad y diligencia de los Gobernadores Souza y Eduardo Dacosta como, también, a la dedicación y celo de los Jesuitas, entre los que se distinguieron Nobrega y An-

chieta, la colonia empezó a florecer muy satisfactoriamente. Sin embargo no fue pacífico el desenvolvimiento de la vida colonial en el Brasil: a más de las luchas con los indios se hubo de luchar y expulsar a hugonotes franceses que, huyendo de su patria, se establecieron en 1556 al mando de Nicolás de Villegagnon en las islas de la Bahía de Río de Janeiro, en donde, para afianzar la dominación portuguesa, una vez expulsados los franceses, Eustoquio de Saa, sobrino del Gobernador Men Saa, fundó la ciudad de Río de Janeiro. Muerto Men Saa, el Portugal, vista la enorme extensión que tenía su colonia de América, la dividió en dos provincias: la del Norte, cuya capital era San Salvador, y la del Sur cuya capital era Río de Janeiro. De la primera de las provincias nombradas se salió a explorar la región minera de Minas—Geraes, mientras que al Sur se había formado un grupo mestizo portugués—tupíe, que se conocía con el nombre de Paulistas o Mamelucos, célebres por las atrocidades que más tarde cometieron con los indios a los cuales cazaban como animales silvestres, para luego venderlos como esclavos.

«Los países del Plata»

La noticia del descubrimiento del Mar del Sur por Balboa, despertó en el espíritu español el entusiasmo de descubrir el paso del Atlántico a ese mar, llamado «el Pacífico». Por aquel entonces Juan Díaz de Solís había sido nombrado Piloto de la Corona de Castilla, como sucesor de Américo Vespucio que, por los datos que prestara para la edición de un planisferio de las Indias Occidentales, mereció que se otorgue el nombre de América al continente descubierto por Colón. Solís, revestido de ese carácter, emprendió la expedición a la América, siguiendo la ruta que hiciera en un viaje anterior al descubrimiento de Balboa, y en el que acompañado de Vicente Yáñez Pinzón, llegó hasta los 20° grados de latitud Sur. Solís recorrió la costa occidental de América hasta el Río de la Plata, por cuyas aguas subió la flotilla expedicionaria; mas la suerte mostróse adversa al piloto castellano, quien, en el afán de conocer de cerca a la gente que hacían señales amistosas y observaba desde la orilla el paso de los bajeles castellanos, saltó a tierra, y entonces, los indios viendo

que el grupo de los extraños visitantes se encontraba alejado de las barcas que les había conducido a las márgenes del río, los asatearon, asesinaron y comieron los cadáveres de Solís y de sus compañeros, a la vista de la tripulación de las naves, que, inútilmente, disparaban su artillería contra los naturales. Tal fue el fin trágico del descubridor del Río de la Plata, cuya expedición, con los sobrevivientes, levó anclas de regreso a España.

Más tarde, en 1520, Magallanes, habiendo llegado a la desembocadura del río descubierto por Solís, no se atrevió a explorarlo, y tan sólo once años después del viaje de Solís, o sea en 1526, Sebastián Caboto exploró el río descubierto por aquel hasta la confluencia con el Uruguay y el Paraná, y sufriendo por este último, estableció un fuerte en sus orillas. Exploró el río Paraguay y regresó a España en compañía de García de Gudiol que había ido a explorar con su propia expedición el Río de la Plata, y que retornaba a España con el objeto de que se definieran los derechos que les correspondían a cada uno de los dos exploradores sobre los territorios bañados por el Plata y sus tributarios.

Don Pedro de Mendoza armó una expedición en 1535 y con un puñado de hidalgos españoles y alemanes, tocaba en las playas de la desembocadura del Río de la Plata, en donde erigió un fuerte y fundó la población de Santa María de los Buenos Aires, en marzo de 1536. Luego dirigió la exploración del Paraná, y por orden suya, Juan Ayolas se internó en el Paraguay, llegando hasta la confluencia de este río con el Pilcomayo en cuyo lugar desembarcó y fundó otro fuerte, el de Nuestra Señora de la Asunción, desde la cual siguió explorando el Norte del territorio hasta más allá de Charcas. En tanto, Mendoza, que había partido a España, murió en la travesía, y Ayolas al regreso de su empresa, pereció en un combate con los indios, quedando por tanto vacante la dirección y gobierno de la colonia; felizmente, en el acuerdo estipulado con Carlos V, se había previsto que en caso de morir Mendoza y Ayolas, el Ayuntamiento y vecinos de Santa María de los Buenos Aires, podían nombrar un Gobernador provisional, hasta que el Rey designare el sucesor propietario de la Gobernación; la nascente colonia erigió, para Gobernador

de ella a Diego Martínez de Irala, quien, en vista de las continuas acometidas de los indios a Santa María, resolvió despojar ésta, y concentrar los españoles en Asunción del Paraguay. Sin embargo, algunos españoles quedaron en Santa María y sus inmediaciones a cuidar del ganado vacuno que se desarrolló notablemente en las pampas, lo propio que los caballos que formaron manadas cimarronas.

La región bañada por el sistema fluvial del Río de la Plata contenía un gran número de naciones:

En lo que actualmente es el Paraguay, vivía a la llegada de los españoles, uno de los tres grandes pueblos americanos que encontraron los iberos: eran los Guaraníes, de procedencia antillana, según creencia bastante admitida. Ese pueblo remontaba su origen a dos hermanos: Tupí y Guaraní que venidos de lejanas tierras llegaron al Brasil, en el cual se estableció el primero, y el segundo se dirigió hacia el Río de la Plata, en donde fundó un gran pueblo que estuvo en trances de perecer debido a un diluvio. Tamandaré, profeta guaraní, se salvó del diluvio de aguas que lo había anunciado, refugiándose en una palmera, con cuyos frutos se alimentó. En cuanto cesó la inundación, tornó a la tierra y fue el padre de los Guaraníes que se multiplicaron por dilatadas regiones. Los Guaraníes eran fríos, pacíficos y dóciles; vivían en un estado de poligamia, dedicándose las mujeres a los trabajos domésticos y agrícolas; educaban a sus hijos en el arte de la guerra, y habitaban en rancherías de 50 a 100 familias gobernadas por un cacique, que no reconocía más autoridad que la Asamblea de los padres de familia que se reunían, al anochecer, junto al fuego, para discutir los asuntos de interés para la toldería. En caso de guerra elegían un caudillo para dirigirles y tenían por arma la flecha y la onda. Veneraban los Guaraníes a Tupa, pero no le levantaban templos, corriendo el culto a cargo de los sacerdotes, que eran al mismo tiempo médicos y hechiceros. Eran locuaces, por lo cual perfeccionaron notablemente su idioma, si bien no conocieron la escritura.

Más al Sur, las enormes y dilatadas pampas de la actual República Argentina, estaban habitadas por una multitud de tribus más o menos bárbaras e independientes unas de otras, co-

mo los Patagones, Pehuenches, Huiliches, Calchaquíes, Guaicurúes, Abipones, Mataguayos, Tobas, Mocobíes, Aguilones, Mbalales, Agoyas, Lulés, Tonocotés, Chunipíes, Biltas, Zapitaguas, Taños y Guarpos, todas ellas en etapa agrícola y ocupadas de la caza y la pesca. Se tatuaban y acostumbraban untarse resinas y grasas en el cuerpo. Desde niños practicaban el arte de la guerra, en la cual los prisioneros se vendían o mataban a voluntad del aprehensor. Entre esos pueblos, se distinguió por su valor, altivez e indomable amor a la libertad, el de los Calchaquíes.

Cuando Solís descubrió las costas del Uruguay, esta comarca hallábase habitada por tribus salvajes, como los Charrros, Jayaros, Bahanes, Miamanes, etc. que residían en tolderías alejadas unas de otras y que continuamente estaban en lucha entre ellas, utilizando como armas dardos, flechas y bolas arrojadizas. Desconocían la agricultura y se alimentaban de la caza y la pesca, practicando como religión un grosero fetichismo.

Tales eran los pueblos indígenas que habitaban las regiones del Plata, al tiempo en que empezaron su colonización los españoles, mandados por Martínez de Irala, quien fue elegido, más tarde, de Gobernador provisional de la colonia, por muerte de don Pedro de Mendoza y del Lugarteniente de éste, Juan Ayolas. Irala resignó su mando en la persona de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, nombrado Gobernador propietario de estos territorios, y que emprendió la empresa de colonizar y conquistar el territorio de los indios Chiquitos, en la cual fracasó, volviéndose a Asunción, cabecera de las colonias del Plata. Cabeza de Vaca, por una rebelión, fué despojado del gobierno de la colonia, al frente de la cual volvióse a poner Martínez de Irala que llegó en sus exploraciones a los límites de la provincia de Charcas. Este hizo poblar la comarca de los Jarayes y por orden suya, Nuflo fundó Santa Cruz de la Sierra en la actual Bolivia. A la muerte de Irala le sucedieron en el gobierno del Paraguay y del Río de la Plata varios Gobernadores, uno de los cuales fué don Juan de Torres de Vera y Aragón, cuyo teniente fué Juan de Garay.

Mientras tanto Diego Rojas y Felipe Gutiérrez, de or-

den del Virrey del Perú Vaca de Castro, exploraban y sometían el Tucumán, territorio que, con el Río de la Plata, formaría más tarde el Virreynato Bonaerense. El mismo Tucumán fué explorado por Juan Núñez, quien fundó la ciudad de Barco, en competencia de los Tenientes del conquistador del Arauco, Francisco de Villagrán y Francisco de Aguirre, lo cual ocasionó fuertes reyertas entre dichos Capitanes.

Bajo la gobernación de don Juan de Torres de Vera y Aragón, Juan de Garay, Lugarteniente de dicho Gobernador, procedió a la repoblación de la ciudad de Santa María de los Buenos Aires, que la puso bajo la advocación de la Santísima Trinidad, reservando para el puerto fluvial inmediato el nombre de Buenos Aires. Esto sucedía el 11 de junio de 1580.

«Organización colonial»

Hemos anotado, lo más sintéticamente posible, los principales hechos de la conquista Española. El choque de las dos razas fué cruento, cruel y despiadado, como lo han sido todos los enfrentamientos raciales y culturales en la historia; pero una vez afianzado, en tierra americana, el poderío ibero, buen cuidado tuvo el Conquistador de aplicar una política adecuada y conveniente a los tiempos, para el gobierno y desarrollo de las colonias.

Ante todo, hay que señalar un hecho, la conquista y colonización se realizaron a nombre de los Reyes de España y Portugal, con autorización de ellos, y el límite del gobierno de cada conquistador estuvo determinado por la Corona. Los monarcas de la Península jamás miraron las nuevas tierras de Indias como algo alejado y distinto de las continentales de Europa. Las Indias fueron consideradas casi como una provincia de los Estados Reales de ultramar, tanto, que el Rey don Felipe II prohibió a los Capitanes españoles el que se apellidaran conquistadores, designándoles el nombre de pacificadores o pobladores. Al principio no hay diferenciación, y sólo más tarde hará su aparición el elemento diferencial entre España y América. De ese hecho, de la identificación de América con los reinos peninsulares, derivó el carácter de la acción ibérica, que al considerar los nuevos territorios como parte

de sus respectivos Estados, y no como dependencias, fueron tratados en igualdad de condiciones. Era en el caso de España, que ésta hacía en América su renacimiento, con todos sus vicios y virtudes, y de la misma manera, que con ella habían hecho los pueblos que la fueron constituyendo al través de los siglos, llevaban a tierra indígena, a la sombra de las armas, los elementos de su cultura y destino histórico. Por esa acción española nos iban a ser transmitidos, forjados en el crisol de la Península, los elementos culturales que España y Portugal habían asimilado de Fenicios, Griegos, Romanos, Visigodos y Arabes. Los frutos de ese semillero aparecerían en la oportunidad, al calor de las circunstancias apropiadas de tiempo y lugar.

En la época que nos ocupa, el Cristiano extendido por el mundo, como norma de vida y conducta de los hombres y de las sociedades, había adquirido, gracias a sus concepciones religiosas, un poderío material que juntamente con la influencia espiritual de que gozaba, hacía de él un poder incontrastable en el mundo; poder que sancionó la división del planeta entre españoles y portugueses, como lo dijimos al principio, y que aún más, debía trasplantarse como elemento civilizador, a la América toda. La historia de las misiones católicas españolas, y los esfuerzos realizados por los evangelizadores, que culminaron en la implantación de la civilización ibero-occidental en la América, son por sí solos la refutación más completa de quienes consideran a la dominación española como un hecho criminal, como un sólo hecho sin episodios, a modo de estigma para la humanidad.

Cuando los Reyes Católicos solicitaron de Alejandro VI la sanción pontificia a los nuevos descubrimientos realizados por Colón, empezó también una lucha diplomática para conseguir de Roma, el patronato de la Corona española sobre la Iglesia Americana, cosa que, alcanzada, permitió a los Reyes la nominación y presentación de candidatos para las diócesis. El Papado, además de estas concesiones, hizo a España otras, entre las que, no fué la menos importante la liberación a la Iglesia Española de Indias, de los impuestos eclesiásticos. Bajo este clima favorable, España organizó la difusión del cristianismo en América, desde tres diócesis metropolitanas: la de

Santo Domingo en la Española, la de Méjico y la de Lima, a las cuales estaban sujetas las diócesis sufragáneas. Una característica especial de la evangelización de las Indias, fué el hecho de que los individuos encargados de ella, pertenecieron, en inmensa mayoría, por no decir en su totalidad, al clero regular: así, los Franciscanos, Mercedarios, Agustinos, Jesuitas, en singular estímulo, campeaban su fé en dilatadas regiones de lo que es hoy la América Latina, y aún en los territorios que le han sido cercenados posteriormente. La obra de las Misiones fue ejemplarizadora y civilizadora. Hoy, a la distancia de tantos siglos, no es difícil encontrar en cualquier pueblo de América, en cualquiera iglesia campesina o ciudadana, una tosca cruz con los símbolos de la religión del Nazareno, que los frailes de la conquista y de la Colonia predicaban por las bravías tierras de la América; y esto no lo es todo, con ser ya mucho: junto al Avemaría, debieron enseñar también cómo se rotura la tierra, cómo se riega en mejor forma el agua; debieron introducir, como lo hicieron, nuevas variedades de vegetales y animales hasta entonces desconocidos en suelo americano. Ya se puede imaginar un fraile franciscano, de pies desnudos y rostro macilento, ojeras profundas que dan marco a los ojos brillantes, enseñando en cualquiera aldea india de la Colonia, cómo el trigo que ha florecido, por milagro del sudor de las frentes, puede ser convertido en pan, y se puede mirar a la distancia, los rostros asombrados de los indios al saborear ese pan, que ha salido de un edificio cónico, el horno, levantado por el franciscano de la visión retrospectiva. Cierto que España, y cierto que los frailes explotaron y se condujeron hasta con brutalidad con los indios, pero esto fue de excepción, y hasta podrían justificarse los casos aislados, si se ha de valorizar la obra en conjunto. Ninguna obra de la historia, obra que trascienda los siglos, se ha hecho sin sangre, ¿por qué tenía que ser una excepción la creación de América?

Entre las obras eclesiásticas, la de especial estudio es la de los Jesuitas en el Paraguay; los Jesuitas se establecieron en estas tierras en 1587, e iniciaron una sacrificada empresa evangelizadora, reuniendo a los indios en varios pueblos o reducciones que las fueron organizando. Pronto los indios de esas reservaciones fueron atacados por los Paulistas, mestizos portugués-tupí, que los asechaban para capturarlos y

luego venderlos como esclavos, llegando hasta a despoblar los pueblos jesuíticos en ocasiones. Ante este estado de cosas, los Jesuitas trasladaron las poblaciones indígenas un tanto más al Sur, dándoles una organización suigénensis. La base de la organización jesuítica del Paraguay, fué un especie de estado socialista cristiano, gobernado por los Misioneros de la Orden, en el que, las tierras de cada reducción estaban divididas en tres porciones: Tabambaé que pertenecía a la reducción, Abambaé que se adjudicaba a los vecinos por lotes, y Tupambaé que pertenecía a Dios, esto es al culto y los sacerdotes. Los frutos de la primera porción se guardaban en graneros para las necesidades de la reducción, y en el cultivo de esta primera parcela trabajaban todos los indios, como también en la parcela de Dios. Los actos de la vida estaban reglamentados al detalle, y por este reglamento se había conseguido desarraigar las costumbres primitivas y salvajes de los habitantes, que pronto adquirieron un notable grado de cultura, puesto que se distinguían por la música, las artes y varios oficios. La colonización jesuítica del Paraguay, con explotación y todo, no llegó a dar los frutos que esperaban alcanzar en extenso sus fundadores, por la expulsión de la Orden de América, pero sí es un hecho digno de estudio, como ejemplo de sistema de solución del problema indígena americano, ya que, prescindiendo de la violencia, se hizo asimilar del indígena lo que podía ser asimilado, favoreciendo su cierto desenvolvimiento natural, en forma gradual y meditada, que al ir borrando las tendencias ancestrales, iba impregnando las almas de los naturales de los elementos de la cultura de Occidente. Los religiosos de la conquista sirvieron también en la obra docente de América, ya que ellos regentaron las escuelas, colegios y universidades que se establecieron por orden del Rey de España.

En cuanto a la administración, España considerando a América una provincia española, tenía que dotarle de instrumentos de gobierno semejantes a los de la península. Al frente de las grandes circunscripciones administrativas se encontraba el Virrey, la más alta autoridad que representaba en las colonias a la Real persona, y que además era Juez en última instancia dentro de su circunscripción, de cuyas resoluciones, en casos, se podía apelar a España. Junto al Virrey, un Teniente de Contadores encargado de intervenir en los ingresos

y egresos, y un Tesorero para la custodia de los dineros de la Real Hacienda. Para recibir y despachar productos existían dos oficiales de Aduana que controlaban dichos despachos. Pero junto a la administración política central, y muchas veces antes de establecerse ella, desde el primer momento, surgió la Institución Municipal, con su Alcalde que administraba justicia, sus Alguaciles, Regidores, Jurados y otros oficiales, a modo de los Cabildos de Castilla, que, si no gozó de los fueros españoles, sin embargo, llegó a tener marcada preeminencia, por lo cual se constituyó en el centro de la vida comunal de la Colonia. El Rey de España colocó pronto, juntamente al Virrey, un funcionario corporativo que administraba justicia en segunda instancia, tales fueron las Audiencias, cuyos Presidentes tuvieron una actuación destacada en América, pues, a más de la administración de justicia, mandaban los ejércitos de la Audiencia, administraban los ingresos y ejercitaban el gobierno, papel más importante que el que desempeñaban análogas autoridades en la Península.

Por más que la Corona quisiera considerar a América como parte del Estado español, pudo darse cuenta de que los asuntos de las Indias tenían un carácter particularista y específico, que no podían ser tratados por los organismos de la península destinados a conocer de todos los asuntos de gobierno. De allí que nació la necesidad de establecer un organismo que se ocupara de todo lo concerniente a América, y se creó el Consejo de Indias, que en un principio entendía, principalmente, de asuntos eclesiásticos, pero que luego conoció los principales negocios del Nuevo Mundo, y además fue el tribunal de apelación de los fallos de los Presidentes de Audiencia, Virreyes y de los de la Casa de Contratación de Sevilla.

La Casa de Contratación de Sevilla era una Institución encargada de vigilar y embarcar, y de controlar y recibir todo lo que se despachaba y venía de las Indias, para luego encargarse de distribuir esos productos por toda América y por Europa. Era la intermediaria de comercio y la única que tenía facultad para comerciar, puesto que era prohibido el libre comercio con las colonias. España se comunicaba con las Indias por medio de flotas mixtas de guerra y comerciales,

que salían de San Lucar a primeros días de abril. Al aproximarse éstas a las Antillas, destacaban algunos navíos a Santo Domingo y Puerto Rico, otros con rumbo a Cartagena y Chagres, y los restantes hacían escala en la Habana, y luego se dirigían a Veracruz. Por Panamá se enviaba a Chagres los productos de Chile, Perú y Quito. Las naves volvían a reunirse en la Habana, y de allí retornaban a España, consiguiendo así, a más de las ventajas comerciales que obtenían con ese sistema de convoy, protegerse del ataque de los barcos corsarios holandeses, ingleses y franceses, que, por cuenta propia o por orden de las naciones rivales de España, pululaban en el Caribe en espera de los barcos ibéricos.

Se ha acusado a España y Portugal de haber favorecido la esclavitud de los indios, pero en defensa de las naciones acusadas, cabe advertir que en aquella época, la esclavitud no era un delito contra la humanidad, puesto que el mundo imbuído entonces por las doctrinas filosóficas de Aristóteles, que consideran la esclavitud como una institución de derecho natural, la aceptaba y ponía en práctica, no sólo con los americanos, sino también con los europeos prisioneros de guerra, o con los herejes.

España tuvo mucho celo por el bienestar de sus colonias de América, como lo demuestra el cuerpo de Leyes de Indias, legislación que constituye un monumento glorioso, que respira un gran sentido de equidad, justicia, y un marcado respeto para la calidad humana. En esa legislación se autoriza el matrimonio de españoles con indias, se prohíbe que en Tierra Firme hubieran letrados para que no fomenten los pleitos, se manda pagar a los indios su trabajo, y se prohíbe darlos malos tratos, así como también se prohíbe el que los indios enajenen sus bienes. Se ordena que junto a cada iglesia exista una escuela para adoctrinarlos, y a Cortés se le instruye para que respete en lo posible la organización que tenían los pueblos de México, a los que debían prohibir los sacrificios humanos y la antropofagia, así como también se establece que a los indios se les debe notificar por medio de sus intérpretes la declaración de guerra (rasgo éste de caballero andante de la Corona española). La Corona prohíbe también el que se tome a los indios sus mujeres e hijos, y legisla en el sentido

de que se destinen terrenos para el común aprovechamiento, lo cual da origen a los conocidos Ejidos, existentes aún hoy día en Iberoamérica. Carlos V prohíbe que los indios porten a hombros mercaderías contra su voluntad, y ordena que se les deje tiempo para cultivar sus fincas y que no se les traslade de unas tierras a otras. España tuvo cuidado de que se levanten hospitales para los naturales, que se sostengan letrados para la defensa de los indios. La misma institución de las Encomiendas y Reparticiones, en esencia, obedecieron al propósito de beneficiar al indio, pese a que en la realidad, y por la distancia entre las colonias y la metrópoli, sirvió de medio de extorsión de los naturales.

Apenas descubierto el Nuevo Mundo, se concedieron tierras a los españoles para que las cultivasen, pero, en cantidades tan excesivas, que ellos solos no podían hacerlo, por cuyo motivo se les repartieron o asignaron indios para que les ayudaran en el cultivo; hecho éste que, puesto en práctica por Cristóbal Colón, más tarde lo autorizaron los Reyes, a condición de que los indios encomendados a un colono para las labores agrícolas, reciban buen trato. Esto fue el origen de las Encomiendas, institución odiosa y antihumana, por obra de los encomenderos, que, llevados de la ambición de obtener mayor provecho de los indios, los trataban con dureza y crueldad, por lo cual clamaron contra aquellos, algunos eclesiásticos de la Colonia, y en especial el Padre Las Casas, lo que permitió que Carlos V mandase a Cortés revocar las reparticiones hechas, pues «Dios nuestro Señor creó a los indios libres y no sujetos»; pero sin embargo tal orden no fue cumplida, y allí quedó la Encomienda para escarnio de España.

Más tarde, Pizarro estableció en el Perú el sistema de las Encomiendas, que, de concesión personal y vitalicia del encomendero, fué extendiéndose a dos o más vidas, es decir fue objeto de sucesión hereditaria, aún con aprobación de la Ley de Indias, lo cual sirvió de base para todo género de explotaciones indígenas, al extremo de reducir a esclavitud a los naturales. El resto o rezago de la Encomienda, es el «Concertaje», que hasta ahora subsiste en forma más o menos embosada, en algunas naciones iberoamericanas con población indígena. La obligación impuesta al indígena de cultivar las

tierras del encomendero se conmutó a veces con una contribución que pagaban a éste, y que debía ser tasada por Oficiales Reales, para evitar exacciones injustas. La Corona siempre trató de contener los abusos de los encomenderos, enviando Oficiales Reales investidos de amplios poderes para restablecer el imperio de las leyes y ordenanzas reales; pero la acción benéfica de aquellos comisionados duraba lo que la permanencia de ellos en las colonias, y hubo enviado que no llegó a cumplir su cometido, como el Virrey Blasco Núñez de Vela, que fue asesinado en la batalla de Iñaquito, con la que terminó la rebelión armada que le opuso Gonzalo Pizarro, precisamente para evitar que el Virrey hiciese cumplir las ordenanzas del Rey. Pero no sólo los castellanos eran injustos con los indígenas, sino que los mismos caciques de éstos abusaban a más no poder de sus súbditos, tanto que el Virrey del Perú, Francisco Toledo, prohibió que se abonara los jornales por intermedio de los caciques.

Los tributos se pagaban al encomendero en productos del país o dinero, y para recibir la encomienda, según se regularizó después, el encomendero debía haber recidido en América, casarse a los tres años de haber recibido, y haber prestado servicios a la monarquía. Con todo, los Reyes concedieron encomiendas libremente a muchos nobles. Es indudable que la encomienda, tal como se la practicó, fue una institución odiosa y antihumana, de la cual se ha derivado, como consecuencia, el establecimiento de variados sistemas de explotación que perduran después de más de un siglo de desaparecida la dominación española; pero hay que anotar que los abusos y desnaturalización de la encomienda no fueron obra de España, sino de quienes se abstuvieron de cumplir las leyes de Castilla, y situándonos en el tiempo, tenemos que concluir que, a pesar de lo cruel e inhumano, tal vez el único sistema aconsejado para agrupar a los naturales y ponerlos en contacto con la cultura occidental, debió ser el de la encomienda lealmente vivida y cumplida, a menos que se hubiera llegado al extremo de exterminar los pueblos indígenas, sistema practicado por naciones que se precian de defensoras de la libertad y de los derechos inherentes a la calidad humana.

Considerándose dueños de los territorios de América los Reyes de España autorizaron a los Virreyes y Goberna-

dores, así como a los Ayuntamientos, para que repartiesen tierras a los colonos, cuidando de no perjudicar a los naturales, pero no obstante esto, se incurrió en múltiples abusos, al despojar a los indios de sus tierras, para entregarlas a los colonos, sin que muchos de éstos tuvieran méritos suficientes para con la Real Corona, ni hubieran hecho cultivos y mejoras durante los primeros cuatro años de adjudicación, que eran otras de las condiciones para obtener y conservar encomiendas. Felipe II, al saber de los despojos a los indios y que muchos colonos no tenían títulos sobre las tierras que poseían, dispuso que ellos pagasen una cantidad de dinero como indemnización y que se entregase a todos sus respectivos títulos. Posteriormente se dictaron otras disposiciones sobre este asunto, encaminadas especialmente con el fin de evitar el despojo de las tierras de los indios, los cuales eran defendidos en el Perú, por una Junta formada por los Oidores de «tierras y desagrazios de indios». La repartición de tierras y los títulos que se confirieron para legitimarla, tanto a españoles como a indios, por las autoridades de España, fueron el origen de la actual propiedad privada en Iberoamérica.

Las riquezas que España extrajo de América fueron enormes. El sistema de monopolio, establecido por la Casa de Contratación, respondía a la idea económica de los tiempos, de que la prosperidad de una nación se apreciaba por el mayor volumen de metales preciosos que aglomeraba, sin reparar que esa misma inflazón monetaria tenía que perjudicar a la larga a la Madre Patria. Los grandes capitales en metálico y en artículos de las Indias, no se los aprovechó como debía serlo, ya por poner a salvo el estrecho criterio cristiano que imponía tener el menor trato posible con los «herejes» en Europa, ya por la desacertada política de los reyes de la Casa de Austria posteriores a Felipe II, y por los Borbones, en cuyos reinados terminó, por decirlo así, la floreciente industria del artesanado en la península, que había sido herida de muerte, con la expulsión del elemento morisco, mientras gobernaba el Duque de Lerma, y por las poco atinadas medidas que, en materia de gravámenes, impuso el Conde Duque de Olivares. España, amodorrada en sus riquezas, se olvidó de producir, se contentó con consumirlas sin obtener rendimiento alguno. Con razón el agudo ingenio de Quevedo castigaría al oro en inmor-

tales versos, diciendo de Don Dinero: «Nace en las Indias honrado y viene a morir en España»; pues, en efecto, tal fue en pocas palabras la política económica de la Metrópoli, que se contentó con aprovechar, consumir y usar de las riquezas americanas, que bien pudieron tornarse en instrumentos de mayor robustez y firmeza del poderío enorme de la España del Siglo XVI, cuando el Emperador Carlos V, se gloriaba de que en sus dominios no se ponía el sol.

«México: Colonia; Imperio; República»

Cortés, el Conquistador de México, al que se llamó Nueva España, acusado ante la Corte; según decir, por sus crueldades y tormentos con los indios, y por el intento de imponer su soberanía en México. Para desvanecer estos cargos, partió a España, en donde el Emperador le recibió fríamente y le retiró de la gobernación de Nueva España, para la cual empezó un nuevo período de su historia con la llegada del Virrey don Antonio de Mendoza. El Virreinato de México se extendía por el norte, hasta un país inexplorado aún después de la expedición de Narváez y de Cabeza de Vaca; al Occidente la limitaban tierras desconocidas, y al Sureste la tierra de Huiberas, y el Yucatán que, considerado como una isla, tenía gobierno separado, aunque sufragáneo al de México. Se habían erigido cuatro Obispos: en Michoacán, México, Goatzacoalcos y Mixtecas, y como ciudades importantes existían México, Antequera, Ciudad Real, Santiago de Campostela, y otras menores todavía. El Virrey Mendoza había recibido amplísimas facultades de Carlos V, al extremo de que podía expulsar de la colonia a quien tuviese por conveniente, y aún cuando Hernán Cortés era Capitán General de la Nueva España, empleo que le hubo conferido el Rey, Mendoza estaba facultado para delegar los asuntos militares a otros capitanes, según las circunstancias. Mendoza tuvo especial cuidado de dictar ordenanzas para el buen trato a los indios y en reglamentar los tributos; estableció el cultivo de la morera y la cría del gusano de seda, así como parece que en 1527 hizo acuñar moneda. Tuvo también que hacer frente al levantamiento de los esclavos negros que pretendieron elegir un Rey, intento que fue sofocado rápida y sangrientamente.

En el gobierno de este Virrey, Cortés recorrió las costas de Jalisco, y Vásquez Coronado exploró Cibola y Quiribia. El Virrey fomentó eficazmente las misiones cristianas, en especial las de los franciscanos. Mendoza fue nombrado Virrey del Perú y en su reemplazo llegó don Luis de Velasco, con instrucciones de poner orden en las disputas habidas entre religiosos de las diversa ordenes, de defender a los indios, proteger el cultivo de la morera, la cochinilla, la caña de azúcar y el lino, y de construir caminos y puentes. En 1553 fundó la Universidad de México que tuvo por profesores a notables ingenios. Estableció la Santa Hermandad para proteger a los viajeros en los caminos; hizo fundar e impulsó el desarrollo de las ciudades de Nieves, Nombre de Dios, favoreciendo el progreso de Nueva Vizcaya con su capital Durango, volviendo, además, a emprender la conquista de la Florida. A su muerte y mientras interinamente gobernaba la Audiencia, sobrevino la conspiración de don Martín Cortés, hijo del Conquistador y de doña Juana de Zúñiga, que, con el apoyo de los encomenderos, intentó apoderarse del mando de la Colonia, y aún alcanzar la Corona de la misma. La conspiración fue descubierta, Cortés fué a dar a la prisión y desterrado a Orán.

La vida colonial fué desenvolviéndose en medio de accidentes lugareños y rencillas menacales, las cuales fueron dominadas, por lo menos transitoriamente, por obra de los Concilios Eclesiásticos que se sucedieron. No obstante, el espíritu batallador del castellano no había cesado en sus empresas, y en 1559, partió del puerto de Navidad, una expedición al mando de Legazpi y Urdaneta a la conquista del Archipiélago filipino. Con la llegada del Virrey Peralta, parecía que la tranquilidad iba a reinar en la Colonia, mas, por desgracia, el nuevo mandatario incurrió en numerosos errores que conmocionaron la vida colonial, cuya calma fue restablecida por don Martín Enríquez de Almanza, después del juicio de residencia que le fue desfavorable a Peralta. El Virrey Almanza, descubrió Nuevo México, organizó mejor la administración y fundó el Tribunal del Santo Oficio, cuya creación había sido rechazada antes por los propios eclesiásticos. Durante el gobierno de los sucesivos virreyes, la vida de la Colonia siguió deslizándose en medio de incidentes, tropiezos y venalidades semejantes a los anotados, pero merecen mencionarse las ex-

pediciones a Nuevo México favorecidas por el Virrey Luis de Velasco, segundo de este nombre que gobernaba México, y que además hizo un tratado de paz con los feroces e irreducibles Chichimecas, distinguiéndose por sus dotes administrativas, como lo demostró con la ejecución de varias obras públicas, entre ellas, la disección de las lagunas que rodeaban la ciudad de México, obra intentada antes por el Marqués de Montesclaros. La actividad y sagacidad del segundo Virrey Velasco, le valieron la reelección del cargo, después del gobierno de don Gaspar de Zúñiga que organizó la conquista de California, aunque sin obtener el éxito buscado.

Años más tarde, un levantamiento de indios, durante el gobierno del Marqués de Guadalcázar, fue sometido sangrientamente, y en 1615 Tomás de Cardona tomaba posesión de California en el nombre del Rey de España. A Guadalcázar sucedió don Diego de Mendoza y Pimentel que, con motivo de la intromisión administrativa del Obispo Juan Pérez de Laserna, se enemistó con éste, y como la ciudad de México hubiese sido puesta en entredicho, capturó al Obispo y le expulsó de México, cuyos habitantes se sublevaron y apoyaron al Obispo contra el Virrey, quien abdicó su cargo viendo perdida su causa. Por ese entonces, los océanos estaban infestados de piratas: los Corsarios Holandeses empezaron a atacar las costas mexicanas, y para colmo de desdichas el Virrey López Pacheco se enemistó con el Obispo Palafox, quien fue nombrado en reemplazo del Virrey, y suscitó una serie de luchas contra los religiosos regulares. Durante el gobierno de ese Obispo se descubrió una conspiración separatista de la Metrópoli, encabezada por Guillén de Lombardo, el que, descubierto, fue quemado vivo. Las dificultades internas se complicaban con las depredaciones de las flotas piratas que asolaban las costas mexicanas en especial la de Morgan, que impuso terror en las ciudades y exigía hasta tributos de sus habitantes. Las flotas españolas eran impotentes para luchar con ventaja contra los corsarios, y fue necesario formar una armada especial: la flota de Barlovento que debía hacer la guerra al Corso; pero, durante el reinado de Carlos II, esa flota fue vencida, ya no por los piratas, sino por la escuadra anglo-holandesa coaligada, a la que expulsó luego el Virrey Fernández de la Cueva de su campo de operaciones en el Caribe.

En aquella época, el erario español estaba continuamente necesitado de recursos: los ingresos fiscales eran importantes para cubrir los gastos, y como hasta las rentas se habían hipotecado, la Corona tuvo que recurrir a las Colonias en busca de ayudas y tributos, con los que se gravaba cada vez más a encomenderos, indios y religiosos, a fin de conseguir lo que necesitaba España para sostener sus guerras en Europa. Las autoridades de la Colonia tenían que luchar contra los que estaban gravados con los nuevos impuestos y que pagaban mal de su grado, y, en el celo de servir a la causa de Su Majestad, no reparaban en los medios de procurar recursos al trono, aunque tuvieron que hacer frente a la corruptela administrativa que iba convirtiendo a la Colonia en un cuerpo político venal, dispuesto a venderlo todo a quien pague mejor. El Virrey Guemes y Horcasitas pretendió desalojar a los ingleses establecidos en Bécice, pero si bien éstos fueron derrotados, no se los pudo expulsar definitivamente, hecho fatal que dió origen, a que hasta hoy, exista un pedazo de tierra iberoamericana en manos extranjeras. En 1765 el Visitador Gálvez ordenó el estancamiento del tabaco, lo cual fue motivo de calurosas protestas y alboroto, los que se avivaron con la expulsión de los Jesuitas, hecho éste bastante desventajoso, puesto que la Compañía de Jesús era uno de los elementos más poderosos con que contaba España para someter y conservar América en su dominio. Por aquel entonces empezaron a agitarse en el país ideas emancipadoras, por lo cual la Metrópoli se vió obligada en 1768 a enviar fuertes contingentes de tropa. Digno de recordarse es, que durante el gobierno del Virrey Mayorga, la Colonia prestó apoyo a los colonos norteamericanos sublevados contra Inglaterra, cuya causa fue favorecida por España, sin advertir que con ello estaba sentando un precedente peligroso para sus propios intereses.

Por la época que nos ocupa, el territorio del Virreinato de México se extendía de uno a otro océano; desde los límites de la Capitanía de Guatemala, hasta Texas, Arizona, Nuevo México y California, incorporados hoy a la Unión Norteamericana. La población de ese territorio la componían, criollos descendientes de europeos, mestizos e indios, y, en reducida proporción, españoles nativos que monopolizaban la administración de justicia, el comercio, los cargos lucrativos,

con prescindencia de los criollos que, heridos de la postergación, ardían en deseos de lucrar y mandar. Sea por esta circunstancia, sea por la aparición del sentimiento de nacionalidad, formado por el sentido vernáculo indígena y la impulsividad ibérica, alumbrado por las ideas de los enciclopedistas franceses y la influencia de la organización del pueblo norteamericano, el hecho es que renació el espíritu nacional mexicano, que, empezando por la fuerte crítica a la corrompida administración española, no aspira a otra cosa que a la expulsión de los ibéricos y a la conquista de la libertad política.

El ideal de la Independencia se generalizó, y para realizarlo, los patriotas se aprovecharon de la invasión napoleónica a la Península y la renuncia de Fernando VII. Se formó una especie de Asamblea Constituyente a vista y paciencia del Virrey Venegas, con el objeto encubierto de mantener la posesión de Nueva España para el dominio Real. Domínguez fragua una conspiración que es descubierta y que pretendía restablecer la monarquía azteca con un emperador y varios reyes feudatarios; pero el cura Miguel Hidalgo y Costilla, en junio de 1810, reúne un ejército de criollos e indios, proclama la independencia mexicana, y empieza una lucha terrible, cruel y sangrienta, de parte y parte, que termina con el triunfo de los «gachupines» y la prisión del cura de Dolores, que murió fusilado. La revolución pasó a manos de muchos caudillos, se convirtió en orgía anárquica de sangre y destrucción hasta que fue encausada por otro cura, don José María Morelos, que infringe una serie de derrotas a los españoles, los que al fin lo capturan y pasan por las armas. Pero la revolución está en marcha, no es en realidad América contra España, ni España contra América; es en el fondo el mismo espíritu que impulsaba a Celtas contra Iberos, Iberos contra Vascos, Leoneses contra Aragoneses; es el sentido humano autonomista, aunado al afán de superación y orgullo heredado de raza, el que impelle a una nueva epopeya, ya no son sólo los caudillos criollos los que sostienen la lucha, es Francisco Mina, español de origen, que infringe derrotas al ejército español, hasta terminar con su vida en el patíbulo. En esa efervescencia libertaria, Agustín Itúrbide, soldado al servicio español, mimado por el Virrey Apodaca, que le confirió el grado de Brigadier y el mando del Ejército sureño, se puso en inteligencia con Gu

brero. Bravo y más caudillos insurgentes, y el 24 de febrero de 1821, proclamó el Plan de Iguala, por el cual se declaró la Constitución del Imperio Mejicano que debía ser regido por el Rey de España o un Príncipe de la Casa reinante en ella. El último Virrey, O'Donojú, recién llegado a México, ratificó la declaración de Iguala. La Independencia de México era un hecho, una realidad, pero con un colorido hispano, quijotesco, como lo han sido todas las guerras separatistas de América.

El 28 de septiembre se reunía en la ciudad de México la Asamblea que proclamó la Independencia Nacional, y nombró una Junta de Regencia compuesta de cinco individuos para el gobierno provisional del País. Itúrbide presidía la Junta, mas, en consideración a la pugna de las agrupaciones políticas, o quien sabe si obedeciendo a un plan meditado desde antes, decidió prescindir de los individuos que cogobernaban con él, y por audaz golpe de estado se hizo proclamar Emperador. Itúrbide, con política poco prudente, se creó una serie de enemigos y tuvo que hacer frente a la revolución republicana que se produjo a poco, y después de algunos desastres bélicos que sufrió, abdicó la Corona Imperial y partió al exilio, para retornar después de un año, pero, con tan mala suerte, que fue fusilado en Padilla, en castigo de su aventura.

Diversos caudillos de banderías sustituyeron a Itúrbide en el poder, pero ninguno de memoria tan triste para México, que Santana, quien, derrotado por los tejanos, aceptó la Independencia de éstos para salvar la vida. Texas había sido colonizada por Austin con la venia de España, y cuando México se declaró independiente, Austin solicitó que Texas entrara en la Federación Mexicana; mas, la turbulenta vida política no permitió prestar la atención debida a los asuntos de Texas, región que, favorecida por los Estados Unidos, que ya había proyectado la anexión de ese país, terminó por declarar su independencia, hecho por el cual protestó Santana sin resultado. Las hostilidades se rompieron: los americanos penetraron en México para proteger la sececión, y los hechos quedaron consumados casi en los mismos días en que Monroe lanzaba al mundo su doctrina de «América para los americanos». Santana cayó del poder y abandonó México, el cual, durante la administración de sus sucesores, siguió atravesando períodos

de turbulencia, y como el Congreso suspendiera el pago de la deuda externa, Francia, España e Inglaterra intervinieron militarmente en los asuntos mexicanos; tropas de estas nacionalidades desembarcaron en territorio mexicano, y si bien los españoles se retiraron después de conferencias con Benito Juárez, los franceses, sin olvidar las inspiraciones de la Santa Alianza, emprendieron la conquista del imperio que había sojuzgado Cortés. Sometieron al país por medio de fuerza armada, y coronaron de Emperador a Maximiliano de Hapsburgo, Archiduque de Austria; mas, la nación dirigida por Benito Juárez, derrotó a los franceses en una grandiosa guerra nacional: mestizos y criollos mexicanos que en su sangre sentían el ímpetu de Cortés: el que quemó sus naves, y de Huatemoc: el de los guerreros nativos de Otumba, lucharon con los franceses hasta expulsarlos. Maximiliano fue capturado y fusilado. A México sólo podía conquistarla un Cortés, o un Pelayo, o un Quijote. A Juárez le sucedió poco después Porfirio Díaz, quien realizó una verdadera transformación en la nación mexicana, lo que le valió, con despotismo y todo, la reelección por seis veces en la Presidencia de la República.

El pueblo cansado de la permanencia de Díaz en el poder y de soportar tantas arbitrariedades, derrocó al Presidente perpetuo, y ávido de impulsar las reformas sociales, confió la suerte del país al ilustre Francisco Madero, a quien después de su sacrificio en una guerra intestina, le sucedió Victoriano de la Huerta, que tuvo que enfrentarse con los Estados Unidos, con motivo del fútil pretexto de Tampico, que por poco no causó una complicación bélica, de no haber prestado sus buenos oficios las naciones iberoamericanas. El asunto de Tampico se arregló con Venustiano Carranza, quien reemplazó a Huerta. Mas, Carranza, a poco tiempo de su gobierno pacífico, se vió envuelto en una serie de luchas políticas, de cuyos resultados sobrevino una ruina del erario público, y para seguir sosteniendo la guerra, se acudió al expediente de embargar los bienes de los extranjeros y de prohibir la exportación de productos de la tierra, cosa que afectó directamente a la industria petrolera, en momentos en que se producía la guerra mundial del año eatorce; por lo cual, y ante la situación desorbitada de la política interna de México, los Estados Unidos vuelven a intervenir en los asuntos mexicanos «a fin

de proteger los intereses de los extranjeros y favorecer a los mexicanos que se morían de hambre, pero siempre con la mira de arreglar el asunto del petróleo. Posteriormente México siguió realizando su vida política administrativa con una orientación marcada hacia las reformas sociales, reformas que se manifestaron en el laicismo del Estado, la nacionalización y restricción de privilegios del clero, legislación obrera, supresión del peonaje —secuela del sistema español de la Encomienda—, repartición de la tierra, establecimiento de la pequeña y de la granja comunal, y por último una serie de medidas tendientes a la defensa de la riqueza nacional, y al aprovechamiento, al máximo de ella, por los mexicanos.

«Centroamérica y las Antillas; colonias y repúblicas.»

El territorio de la Capitanía de Guatemala fue conquistado y colonizado por Alvarado, y más tarde se constituyó en Audiencia dependiente del Virreinato de México, cuyos Virreyes gobernaron al país desde 1542 hasta comienzos del siglo XIX, distinguiéndose sus Presidentes, en la mayoría de los casos, por el celo que pusieron en el desarrollo pacífico de la vida económica y social de la Colonia. Verificada en 1821 la Independencia de México, Guatemala propuso a las demás Repúblicas Centroamericanas la unión en una república Federal, mas el plan no fue aceptado. Guatemala reconoció al Emperador Itúrbide en cuyo nombre Filísola se hizo cargo de gobernarla. Separada luego de México, Guatemala entró a formar parte de la Federación Centroamericana que duró poco, a causa de las rivalidades que dieron origen a una serie de luchas entre esas repúblicas, cuya separación fue definitiva. El último intento por restaurar la unión centroamericana fue realizado por Barrios, durante su dictadura; mas, la valiente oposición de los salvadoreños y las intrigas de los Estados Unidos que favorecían el fraccionamiento de los Estados Iberoamericanos, lo dejaron fallido. Más tarde Guatemala estuvo en guerra con Salvador, Honduras y Costa Rica, durante la presidencia de Cabrera, guerra que terminó gracias a la intervención de Roosevelt y Díaz.

Honduras, descubierta por Colón, integraba la Capita-

nia General de Guatemala, y se declaró independiente en 1821, adhiriéndose a la Confederación Centroamericana, de la que se separó en 1838, declarando junto a Nicaragua la guerra a El Salvador un año más tarde. En 1885 favoreció los planes de Barrios, pero fracasó el intento, y en 1890 fue invadida por los salvadoreños. Su vida política interna ha sido fuertemente agitada, lo mismo que la internacional, a causa de la presencia de Gran Bretaña en Bélize y la Costa de Mosquitos.

El Salvador había sido descubierto por Alvarado y perteneció a la Capitanía General de Guatemala, declarándose independiente de España en 1821, y entrando a formar parte de la Confederación Centroamericana, disgregada la cual, hizo frente a una serie de guerras con las repúblicas centroamericanas.

Nicaragua, conquistada por González Dávila, tomó este nombre de un caudillo indio, y formó parte de la Capitanía de Guatemala durante la dominación española. Se declaró independiente en 1821 y se constituyó en república federal junto con las demás centroamericanas, teniendo que hacer frente a las luchas civiles, una vez desecha la Confederación, y a Inglaterra que quería apoderarse de la Costa de Mosquitos, lo cual no lo logró, gracias a la intervención de los Estados Unidos. La posición geográfica de sus lagos ha sido siempre el objetivo para la apertura de un canal intercontinental.

Costa Rica, descubierta por Colón, fue explorada por Gil González y Juan Cavallo, separándose de España en 1820, y uniéndose a Nicaragua, si bien reconociendo la soberanía de Fernando VII. Acabó proclamando su total independencia en 1821, y permaneció neutral en las disputas centroamericanas, relativas a la incorporación a México o a la autonomía en propia confederación, a la cual entró a formar parte como república federal en 1825, separándose una vez desaparecida aquella. Ha tenido que soportar varias guerras civiles ocasionadas por rivalidades regionales. En su agitada vida política, ha sido gobernada durante su vida republicana por una oligarquía conservadora de ricos terratenientes; sin embargo, cada día ha ido democratizándose más y más, como lo demuestran su vivir y sus leyes. Costa Rica se precia de ser la más culta

y occidentalizada de las naciones centroamericanas, aserto sos tenido ventajosa y casi unánimemente por los viajeros.

Cristóbal Colón descubrió en su primer viaje la isla de Cuba, que le emocionó a simple vista: tan hermosa y tan rica le pareció, que creyó ver en ella el paraíso terrenal. En 1511 Diego Velásquez, Gobernador de La Española, resolvió la conquista de Cuba, a la que le acompañó el Padre Bartolomé de las Casas; después de una serie de luchas sangrientas, crueles y deplorables, se dió comienzo a la colonización y pacificación de la Isla. Durante la gobernación de Gonzalo de Guzmán, se empezó a introducir esclavos africanos, porque la población indígena había disminuído considerablemente, como consecuencia del trabajo en los establecimientos españoles. Cuba, al principio, fue ante todo una plaza comercial, centro del comercio de las Indias, puerto de reunión y desplace de las naves que iban o venían de España a las Indias, y más tarde con el cultivo de la caña de azúcar, empezó a florecer con economía propia, a cuyo desarrollo contribuyó la presencia del elemento negro, que era introducido cada vez en mayor número del Africa. La vida de la colonia cubana se desenvuelve en una serie de luchas con los piratas que infestaban el Caribe, y con los vegueros levantados contra las autoridades coloniales. A principios del siglo XIX fue descubierta una conspiración de esclavos; junto a este movimiento hubo otros de índole separatista, como el del Brigadier López de Cárdenas, seguido después por la insurrección de Carlos de Céspedes, que terminó con la Paz del Zanjón. Cuba representaba la llave del Caribe y la seguridad de los países situados en el Golfo de México, y desde que fue comprada la Florida a Napoleón, los Estados Unidos siempre la miraron con especial interés. La creciente debilidad económica y militar de España, el malestar político que esto producía y el destronamiento de la Reina doña Isabel, despertaron unos cuantos disturbios entre los colonos, que, ávidos, esperaban la ayuda de Norteamérica, que tenía invertidos fuertes capitales en la Isla, para proclamar su Independencia. Los yanquis proponían a España la compra de la Isla, y España se negaba a ceder su último fiorón colonial. Un desgraciado incidente, la explosión de un barco americano, dió lugar a la intervención de los Estados Unidos, que apoyaron militarmente la independencia de Cuba y declararon la guerra

a España, apoderándose de la Isla y del Archipiélago Filipino. Con esto quedaron protegidos los intereses azucareros y militares de la Unión, a pretexto de la libertad cubana. Cuba fue gobernada durante algún tiempo por los Estados Unidos, y al separarse éstos del gobierno de la Isla, le reconocieron su plena autonomía, estableciendo la Enmienda Platt, que regla las relaciones de los Estados Unidos con la República de Cuba.

La Isla Española, Santo Domingo, fue descubierta por Colón, quien al iniciar su colonización, tuvo que sostener, lo mismo que sus sucesores, ligeros combates con los indios, cuyo Jefe, Coanobo, y su mujer Ana Caona, han dado margen a varias leyendas. La resistencia a los invasores hispanos que se establecieron en la Isla, y el exceso de trabajo impuesto a los naturales, trajo como consecuencia, que la población disminuyera más rápido que la de Cuba. El descubrimiento de México y el Perú rebajó notablemente la importancia que tenía la Isla, y así su progreso fue poco marcado durante el tiempo que estuvo en manos de España. Con frecuencia fue atacada por piratas, habiéndose establecido los corsarios franceses en la isla de las Tortugas, de la que más tarde fueron expulsados. Carlos II cedió en 1654 una parte de la Isla a Francia, el actual Haití; y la parte restante que le quedaba a España, pasó también a poder de Francia por el Tratado de Basilea celebrado en 1795. Tomó posesión de esta Isla el General negro Toussaint Louverture, quien en 1801 proclamó su independencia. Una Junta de habitantes redactó la Constitución del país, el cual tuvo que enfrentarse contra las expediciones mandadas por Francia. Dessalines nombrado Gobernador vitalicio se hizo coronar Rey, pero fue destronado. La parte oriental de la Isla se rebeló en 1808 contra su gobierno y se anexionó voluntariamente a España, de la cual se declararon independientes en 1821, para caer bajo el dominio de los haitianos, de los que a su vez se independizaron, después de tenaz lucha. De nuevo se anexionaron a España, que, ante las repetidas sublevaciones de los dominicanos, en 1864, abandonó definitivamente la Isla, que no pocas veces estuvo en peligro de pasar al dominio de los Estados Unidos, pues Grant, Presidente de la Unión así lo deseaba, sin que se realizara el sueño del viejo guerrero, debido a la oposición del Congreso de los Estados Unidos.

«El Perú: Colonia y República»

Al ocuparnos de la conquista del Perú y de las desavenencias entre Almagro y Pizarro, anotamos que ellas se extendieron al más alto grado de odiosidad entre los conquistadores. En efecto, esa odiosidad no concluyó con la muerte de los caudillos, sino que se trasladó a sus partidarios, que se perseguían unos a otros, llevando la peor parte los Almagristas, mientras los indios se aprovechaban de ello para revelarse, aunque sin resultado. Sabedora España de los desórdenes del Perú, mandó como Pacificador a Vaca de Castro, que a su llegada se enteró de la muerte de Francisco Pizarro y del levantamiento de los Almagristas, que no reconocieron la autoridad del Enviado Regio, el cual con el apoyo de los leales a la Corona y los Pizarristas, venció a los sublevados en la batalla de Chupas, apresando más tarde al hijo de Almagro, el que fue ajusticiado. Vaca de Castro se puso inmediatamente a ordenar el régimen político, administrativo y económico de la Colonia, bastante desorganizada a causa de las guerras civiles. Los informes de Fray Bartolomé de las Casas en favor de los indios y la condenación de los abusos de los encomenderos, decidieron al Rey a enviar como primer Virrey del Perú, a Blasco Núñez de Vela, quien, sea por el recelo que infundía a los descontentos y revoltosos, sea por su actitud desacertada e imprudente, fue recibido de mal grado por los españoles del Perú. La exasperación de éstos por los desmanes del Virrey fué creciendo, hasta apoyar la sublevación de Gonzalo Pizarro, quien abiertamente la dirigió contra la Corona. «Si al Rey desplace lo hecho, decía el Caudillo, buenas lanzas tenemos», señalando con ello el primer intento separatista en el Perú. Núñez de Vela fue depuesto y remitido a España, mas como lograra fugarse de a bordo, y retornara al Perú acompañado de fuerza armada, Gonzalo Pizarro, que se había apoderado del gobierno, le salió al frente con su Ejército, persiguiéndole sin tregua en todo el territorio del Virreinato, hasta que habiéndole alcanzado en las cercanías de Quito, lo venció, resultando degollado el Virrey después de la batalla.

La Corte, en cuanto tuvo conocimiento de la gravedad de los asuntos del Perú, envió a don Pedro de la Gasca de

Pacificador de la Colonia. El Comisario regio usó de gran prudencia para calmar los ánimos, y al mismo tiempo, como la revolución siguiere en auge, tuvo que entrar en campaña, avistándose con los Pizarristas en la batalla de Jaquijaguana, en la que cayó prisionero Gonzalo Pizarro, siendo condenado a muerte. Luego de haber impuesto orden en la Colonia, el Pacificador regresó a España pobre y solo, cubierto con su capa parda y raída y con el breviario bajo el brazo, únicos bienes que traía del Perú, después de haber tranquilizado a la Colonia y restablecido la calma, con la prudencia, firmeza y desinterés que le caracterizaban, sin otro móvil que el de cumplir la comisión que le encomendara su Rey. El segundo Virrey del Perú, don Antonio de Mendoza, gobernó prudentemente el Virreinato, pero a su muerte, en que la Audiencia de Lima lo gobernaba interinamente, la paz de la Colonia volvió a turbarse con la guerra civil promovida por Hernández Girón, que se apoderó del Cuzco y se aproximó a Lima, pero fue vencido. El nuevo Virrey Andrés Hurtado de Mendoza procuró la sumisión de los araucanos en Chile y de los quechuas levantados al mando de Sairi—Tupac, a quien, para contenerlo le nombró Adelantado y le concedió Encomienda. Los incas volvieron a levantarse al mando de Tupac—Amaru durante el gobierno de García de Castro, el cual lo venció y ajustició; asimismo este gobernante favoreció a Alvaro de Mendaña que partió a descubrir las Islas Salomón en la Oceanía.

Don Francisco de Toledo fue uno de los Virreyes más notables y de más gratos recuerdos: mejoró enormemente la administración y hacienda de la Colonia. Durante el gobierno de uno de sus sucesores el Marqués de Cañete, se produjo un suceso de especial mención, como fue la rebelión contra la ordenanza Real que establecía el impuesto de las Alcabalas, el cual tuvo un colorido especial y nacionalista en la Audiencia de Quito.

Aparte de las continuas exacciones de recursos para la Corona, las Colonias sufrieron también en sus intereses, por las incursiones de los piratas que continuamente asolaban las costas del territorio, y la ruina pudo ser mayor, si los habitantes no se hubieran congregado a defender los puertos, con la ayuda de cuantos vecinos acudían armados desde el interior del

país. Sustituida la dinastía de la Casa de Austria por la de Borbón, Felipe V contó con recursos numerosos del Perú para su lucha con Inglaterra, y nombró como Virrey a don Manuel de Oms y Semeñat, otro culto e ilustrado mandatario, durante cuyo gobierno sufrió la Colonia terribles catástrofes sísmicas, con la secuela de destrucción, muerte y epidemias.

En 1717 se disgregaba del Perú la Audiencia de Quito que se la incorporó al Virreinato de Santa Fé de Bogotá. Por aquel tiempo, se recibió la visita de los Académicos Franceses, compuesta de los sabios La Condamine, Godin y Jussieu, acompañados de los Oficiales Reales don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, comisionados por la Academia de Francia para medir en el Perú un Arco del Meridiano terrestre. La Misión llenó su cometido con el aplauso del mundo científico, y fue tenida por el pueblo de la Colonia, por una agrupación de hechiceros, al contemplar sus mediciones en el suelo y las observaciones de los astros. En 1750 se fijaban los límites entre el Perú y el Brasil, por convenio de los Reinos ibéricos, señalándose como tales los ríos: Madara, Yaraví, parte del Amazonas y el Putumayo, debiendo entregar los portugueses la Colonia del Sacramento en el Uruguay y los españoles los pueblos de Misiones, situados al oriente de este río. Don Agustín Jaúregui tuvo que hacer frente al levantamiento de Condorcangui, que, con el nombre de Tupac—Amarú, de quien era heredero, se lanzó a una sangrienta rebelión, que fue sojuzgada después de la muerte del caudillo indio. En previsión de futuras rebeliones, el Virrey Teodoro Deeroix dividió al país en Intendencias, y se trató de contener las invasiones de los Chunchos. Don Gabriel Avilés estableció la desamortización eclesiástica, lo que suscitó protestas y oposiciones del clero, y tuvo que hacer frente a una sublevación que, a mediados de 1805 y dirigida por Gabriel Aguilar, pretendía restablecer el imperio de los Incas. José Abascal su sucesor tuvo que hacer frente a la guerra separatista, para lo cual reunió una Junta de Gobierno en Lima que convino en emplear la fuerza contra los descontentos, cuyo foco principal estaba en Quito, en donde se organizó la primera Junta Gubernativa que proclamó la independencia de dicha Presidencia, sentando un glorioso precedente para las demás colonias de Sudamérica. Al Virrey Pezuela le correspondió enfrentarse con los insurgentes de la Audiencia de Li-

ma: venció en Viluma, pero fue derrotado en Callao por la Escuadra chilena mandada por Cochrane. El libertador de la Argentina, don José de San Martín, nombrado Protector del Perú, acogió la causa libertadora, entró en Lima el 13 de julio de 1821, en donde proclamó la independencia de ese país, confiando a un Congreso el gobierno interino de la nación; pero como el Protector renunciara su encargo, se enseñoreó la anarquía, movida por los egoísmos y ambiciones, lo cual le facilitó al General español Canterac la nueva dominación del Perú. Bolívar, por ese entonces Presidente de Colombia, acudió en auxilio de los insurgentes peruanos, cuya suerte se decidió en las batallas de Junín y Ayacucho. El Perú se dividió en dos Repúblicas, la del Perú y la de Bolivia.

Independiente el Perú, emprendió una guerra de agresión contra la república de Colombia, siendo derrotadas las tropas peruanas de La Mar por el Ejército colombiano al mando de Sucre, en el Portete de Tarqui, y acalladas, por el momento, las injustas y antiamericanas pretensiones territoriales del Perú, que esperaba momentos oportunos para manifestarse después periódicamente. En el gobierno del Presidente Echanique, el dominio de las Islas Lobos fue motivo de un incidente con los Estados Unidos, se emancipó a los esclavos y suprimióse el tributo de los indios. Durante la presidencia de Prado, el Perú aliado a Bolivia, atacó a Chile, su aliado en 1876 contra España, a pretexto de reclamos salitreros, rompiéndose las hostilidades y, pese a la superioridad de los peruanos, se impusieron los chilenos que entraron a Lima, y se anexionaron la provincia de Antofagasta. Una serie de generales se disputaron el poder, originando una guerra civil cruenta, que colocó la vida política a merced de los vientos de los intereses partidaristas. El Presidente Castilla, audaz y talentoso estadista, supo enrumbar la vida del Estado, y es a quien el Perú debe, en su primera administración que siguió a la de Echenique, el adelanto económico, material y técnico, que alcanzara entonces el país. Pero propiamente, el máximo progreso arranca del gobierno de Pierola, aristócrata gobernante que supo introducir las reformas progresistas que necesitaba el Perú en aquella época. El Perú vio aparecer entonces en su horizonte a un reformador inteligente y entendido en cuestiones económicas, era Leguía, que gracias a un golpe

de Estado se proclamó Presidente e introdujo reformas en el país; a él debía sucederle Sánchez Cerro, asesinado en vísperas de la guerra que el Perú promoviera a Colombia, con motivo del asunto de Leticia. A Sánchez Cerro sucedió Benavides, y a éste Prado, quien, llevado de la vanagloria de reparar la afrentosa derrota que sufriera el Perú con Chile, siendo Presidente del Perú su padre, escogió de víctima al Ecuador, mediante la invasión sorpresiva y premeditada del Sur ecuatoriano, en circunstancias en que se promovía el último conflicto armado mundial, para poder obligar al Ecuador, como lo obtuvo, a firmar un desgraciado tratado que se le impuso a éste país, en virtud de las circunstancias del momento y a presencia de América, reunida en Río de Janeiro, que haciendo caso omiso de los principios del Panamericanismo, daba más importancia al conflicto de Occidente en que se ventilaban los grandes intereses comerciales de naciones imperialistas;

«Chile Colonia y República»

Chile, después de haber sido conquistado por Valdivia, tuvo que mantener una lucha terrible contra los Araucanos. Muerto Valdivia, le sucedieron Francisco de Villagra, Quiroga, Sotomayor y Rivera en el batallar con el Arauco, decidiendo el último de esos Capitanes dar por terminada la guerra ofensiva y señalar como lindero entre las posiciones Araucanas y Españolas, el río Bío Bío, sin que por ello dejaran de encenderse conflictos armados que terminaban sangrientamente. Pero lo más azombroso es, como dice algún historiador, que Chile progresara en medio de esas luchas, que ya no solo era con los naturales, sino también con los piratas que rodeando el Cabo de Hornos, se dirigían a saquear las costas del Pacífico, y aún más todavía, con los mismos Españoles levantiscos; hecho que no puede explicarse a no ser por lo hondo que había calada el espíritu hispano en los criollos mestizos chilenos, lo mismo que los Araucanos que se iban adaptando al nuevo medio poco a poco. Chile formaba una Capitanía General dependiente del Virreinato del Perú, y estaba dividida en dos Intendencias. La Colonia, que nunca fue rica, sino más bien pobre, siempre estuvo dispuesta a levantarse contra la dominación española, cada vez más aborrecida, como si el orgullo del araucano y del

español hubiesen anidado conjuntamente en los chilenos, y así aprovechando de las luchas que la Península sostenía con los franceses y reconociendo la soberanía de Fernando VII, se formó una Junta de Gobierno, a la cual se opuso el Gobernador don Mateo de Toro y Zambrano, por lo cual nacieron dos partidos: el de los Godos, con el Gobernador a la cabeza, y el de los Patriotas que ganaron la lucha. La Junta de Gobierno formó un Ejército y convocó un Congreso que señalaría la forma de gobierno para Chile; pero, antes de dar cima a tal propósito, estalló una revolución dirigida por don Miguel Carrera, y el Virrey, asustado del giro de los asuntos chilenos, envió del Perú un ejército al mando de Pareja, ejército que se desbandó. Púsose al mando de los españoles Gabino Gainza, derrotado por O'Higgins en Quechereguas, mas el General patriota a su vez sufrió fuerte descalabro frente a las tropas de Osorio en la batalla de Rancagua. San Martín, pasó los Andes a ayudar a O'Higgins, y unidos chilenos y argentinos derrotaron a los peninsulares en Chacabuco y más tarde en Maipó. Los españoles continuaron en territorio chileno hasta que el Almirante Cochrane llevó a O'Higgins más refuerzos de Argentina, y se apoderó del puerto de Valdivia.

O'Higgins dictó la Constitución de la República Chilena y abdicó el poder, a causa del levantamiento del General Freire, quien convocó un Congreso que aprobó la Constitución redactada por Legaña, se apoderó de las Islas Chiloé en poder aún de España, y aburrido de las disputas por si la República debía ser federal o unitaria, resignó su mando. En 1829 se produjo la guerra civil sostenida por los partidos políticos de los Pipiolos y Pelucones, después de la cual advino el General Prieto que se preocupó de arreglar la Hacienda Pública, y tuvo que hacer frente a la guerra promovida por la Confederación Peruano-Boliviana.

Durante la administración de Manuel Bulnes se fundó la Universidad de Chile, cuyo Rector fué el insigne Andres Bello, jurisconsulto al cual le deben algunos de los pueblos americanos las fuentes de su derecho civil, El presidente Mont inició una serie de trabajos técnicos y materiales para el progreso de la nación y tuvo que hacer frente a revueltas y alteraciones del orden público. El Presidente Pérez, informado en

alto espíritu americanista, se solidarizó con el Perú, ante las hostilidades de España por el bullado asunto de las Islas Chinchu, por lo cual la Armada Española bombardeó Valparaíso. Felizmente las hostilidades cesaron en 1861. Desde 1861 el gobierno Chileno venía preocupándose de afirmar su soberanía en la región de Araucanía que estaba limitada por el río Bío Bío; conseguida su pleno sometimiento, fué más tarde sublevada por el aventurero francés Aurelio de Tournes, que se hizo proclamar Rey del Arauco, pero fue derrotado. Durante la presidencia de Aníbal Pinto se produjo el conflicto conocido con el nombre del Pacífico. Chile después de vencer al Ejército Peruano, ocupó Lima, y entre las condiciones de paz se estipuló la sesión de Tacna y Arica al vencedor.

La vida chilena fue desarrollándose progresivamente: la raza india casi había desaparecido y el extenso territorio producía enormes cantidades de productos, fruto del trabajo de los criollos, así como de los emigrantes y sus descendientes, en especial los alemanes, cuya obra cultural y civilizadora en la República Chilena fue inapreciable. En 1920 subía al Poder Arturo Alessandri, joven abogado de clase humilde con grandes programas de reformas sociales, que no pudieron ser puestas en práctica por la oposición de la clase dominante y políticos profesionales en el Congreso, por lo cual Alessandri obtuvo una licencia de seis meses y se ausentó de Chile, en cuya República se formaron dos juntas revolucionarias que, apoyadas por el Ejército, disolvieron el Congreso y emprendieron las reformas sociales, llamando a Alessandri a la magistratura suprema, desde la cual gobernó hasta que fue convocada una Comisión encargada de reformar la Constitución, reforma que fue aprobada en plebiscito popular de 1925. Alessandri fue reemplazado por Ibáñez, al cual le depuso una revolución y colocó a Montero, a quien reemplazó de nuevo Alessandri, y por fin, en nuestros días, le han sucedido Aguirre Cerda y Ríos. Chile ha realizado, en general, una reforma social de tipo económico en apoyo de las clases desheredadas, reforma que ha sido garantizada legalísticamente, y que coloca a la república de la estrella solitaria entre las de más avanzada socialización y protección de los bienes nacionales.

«Bolivia: colonia; república.»

El dilatado territorio que constituye la República de Bolivia, formó parte del Virreinato del Perú, y fue gobernado por la Audiencia de Charcas, hasta que fue agregado al Virreinato Bonaerense, creado en 1776. En el año de 1809 se apresó al Gobernador de la Audiencia, obedeciendo a un proyecto de independencia dirigido por Domingo Murillo y sus compañeros que crearon la «Junta Tuitiva», para la administración del país. A pesar de que la Audiencia del país correspondía al Virreinato de Buenos Aires, el Virrey Abascal del Perú envió tropas al mando de Goyeneche que venció y ajustició a los rebeldes. Producida la independencia de Buenos Aires, los ejércitos del Plata al mando de Castelli, se dirigieron hacia Bolivia, en la cual empeoró la situación de los peninsulares debido a las derrotas que sufrieron en Aroma y Suipacha, y a la sublevación de las ciudades de Cochabamba y Oruro. Goyeneche combatía contra los patriotas con diversa suerte, y en tales circunstancias los indios sublevados sitiaban La Paz, que se libró del sitio indígena por los españoles que se apoderaron de ella. Los argentinos se retiraron y Goyeneche empieza una campaña favorable para España; mas Belgrano vuelve a entrar en el Ato Perú, y venciendo en Salta, se apodera de Potosí. El General español Pezuela reemplazó a Goyeneche y, pese a los esfuerzos de los argentinos, fué dominando a los revolucionarios bolivianos. Pezuela fue retirado del mando, y en su lugar, las tropas peninsulares se confiaron al General español La Serna, a quien le había estado reservada la liquidación del poderío español en América, ante el Ejército libertador comandado por Sucre y dirigido por el genio colombiano de Bolívar.

La Asamblea, reunida en Chuquisaca, declaró la independencia del Alto Perú, y por gratitud al Libertador Bolívar dió el nombre de Bolivia a la nascente República, y la de Sucre a la capital del nuevo Estado, en homenaje al Mariscal de Ayacucho, quien fue encargado de dirigir los destinos de la nación, aunque por poco tiempo, puesto que, al contemplar la era de ambiciones y reyertas políticas que se presentaba, de las que el mismo Sucre escapó de ser la víctima, renunció y se separó de la alta magistratura. La República tuvo que

hacer frente, a más de la anarquía anterior, a la invasión del Perú que quería apoderarse de ella, manifestando ya desde entonces su imperialismo; mas pasado este peligro gracias al valor de los bolivianos, se reunió una Asamblea que eligió a don Pedro Blanco, Presidente de la República. Las sublevaciones, motines y guerras civiles, como sucedían entonces en los demás países ibero—americanos, anarquizaban la vida política de la naciente república. Blanco fue asesinado en su palacio, y subió al poder el General Santa Cruz, quien rechazó la propuesta de Gamarra, Presidente del Perú, para aliarse contra Colombia, puesto que los bolivianos anhelaban la unión de todos los países de Iberoamérica. Después de una serie de acciones sangrientas, se formó la confederación Peruano Boliviana que fue derrotada por Chile. Santa Cruz dejó el poder, siendo sustituido por Velasco, y después de una nueva lucha con el Perú en territorio boliviano, se sucedieron unas cuantas revoluciones y atentados contra la vida de los Presidentes de esa República, la cual, en medio de esa situación anárquica, que fue hábilmente aprovechada, tuvo que definir sus límites con Chile y el Brasil, perdiendo por esto Bolivia extensos territorios. La región del Chaco, territorio poco conocido, y que más tarde se ensangrentaría con sangre iberoamericana, fue objeto, por esa época, de mayor atención oficial, después de la empresa exploradora de Thuar por encargo del Presidente Pacheco.

El advenimiento del partido Liberal, a fines del siglo XIX, señaló para la vida boliviana una etapa de progreso y desarrollo de sus recursos naturales. En 1920 el partido liberal fue reemplazado en su gestión por el llamado partido republicano que, con su Presidente Saavedra, cedió el turno de nuevo al liberalismo, desarrollando ambos partidos una política de orientación y modernización de la vida boliviana, como también un programa financiero definido. Con este propósito, los Presidentes Saavedra y Siles hicieron concesiones industriales a extranjeros, entre estas el caso de la Standard Oil Co. que monopolizaba el petróleo boliviano. La deuda externa aumentó notablemente, al extremo de que el país estuvo al borde de la bancarrota, en momentos en que se producía la guerra del Chaco con el Paraguay, guerra desastrosa, en la que Bolivia, desintegrada económica y militarmente, tenía que hacer frente a su organizado y valiente enemigo. Los bolivianos depusie-

ron a Siles y en su lugar subió al poder el Coronel Toro. La situación de las clases miserables de Bolivia era insostenible; Toro se propuso e intentó realizar el socialismo de Estado, plan que fracasó al tropezar el joven Dictador con los intereses de la Standard Oil y las Compañías del Estaño, que se pusieron de acuerdo con el Coronel Busch, quien reemplazó a Toro en el gobierno de Bolivia, mediante un golpe de cuartel. El nuevo gobernante que empezó una política conciliatoria con el capital, se enemistó pronto con éste, implantó medidas radicales en la economía e intentó la nacionalización de bancos y minas, mas poco tiempo después fallecía, calificándolo de «suicidio» la investigación policial. El ejército se hizo cargo del poder, nombrando a Quintanilla sucesor temporal de Busch, y se convocaron elecciones en las que triunfó el General Enrique Peñaranda, Presidente que a los diez años asumía el poder por elección popular, puesto que, desde Salamanca en 1931 hasta el año de 1940 que nos ocupa, los gobernantes bolivianos habían usado de la fuerza para apoderarse del poder.

«Ecuador: Colonia y República»

En 1563 se fundó la Real Audiencia de Quito, como dependiente del Virreinato del Perú, que comprendía los territorios que al Norte del antiguo Reino de Quito había conquistado Benalcázar, éste reino y los extensos territorios orientales descubiertos y explorados por Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana que saliendo de Quito descubriera el Río de las Amazonas; los territorios explorados por Mercadillo y los pueblos que fundó Juan de Salinas; con sus territorios aledaños. La vida de la Audiencia siguió los pasos del Virreinato al que estaba sujeta; en su territorio habían tenido lugar las acciones de la guerra civil de los Pizarro, más tarde ocurrió el levantamiento contra el impuesto de las Alcabalas, y el suelo de la Audiencia se vió agitado por los terremotos. La organización social fue muy semejante a la de las otras colonias españolas: sus clases sociales de fisonomía propia, el indio en estado de servidumbre, y los eclesiásticos, no obstante su conducta relajada, ejerciendo la dirección espiritual de la Colonia. Es de mucha importancia notar que la ciudad de Quito fue el emporio artístico de América, y si en arquitectu

ra sus construcciones rivalizan con las de México y Lima, en pintura y escultura, no tuvieron rival. La escuela quiteña tuvo mucha fama y sus obras eran ambicionadas en América.

Creado, a principios del Siglo XVIII, el Virreinato de Santa Fe con su sede en Bogotá, la Audiencia de Quito pasó a depender de él. En 1809, Quito dió el grito de independencia de la Metrópoli, que fue ahogado en la sangre de los insurgentes que acudieron a las armas y a constituir la Junta Suprema independiente de la Metrópoli. Vencidos y sometidos los patriotas, que tuvieron su precursor en el doctor Espejo, la Colonia juró la Constitución de Cádiz de 1813, a la que concurrió su representante José Mejía, admirado por sus ideas liberales. En 1820, enfervorizadas de nuevo las ideas libertarias, empezó la guerra separatista que culminó en la Batalla de Pichincha, que selló la independencia de la Audiencia de Quito cuyo país entró a formar parte junto con Venezuela y Colombia, de la Gran Colombia formada por Bolívar. Desgraciadamente la República del Libertador duró poco, y en 1830, habiéndose separado Venezuela de ella, los departamentos de la llamada Presidencia de Quito, hicieron lo propio, formando una República independiente con el nombre de Ecuador, a la que, una asamblea reunida en Riobamba dió su primera Constitución y nombró Presidente al venezolano Juan José Flores, primero de los caudillos que dominaron a este país, y que estableció un gobierno fuertemente conservador y militarista, bajo el cual el catolicismo era la única religión y absorbía toda la cultura del país.

El General Flores tuvo que luchar contra Rocafuerte sublevado en Guayaquil, y que tenía ideas más progresistas; pero ésta no fue la única lucha política en la agitada vida ecuatoriana, que década tras década ha sido alterada por aventureros y caudillos que han asaltado el poder. Entre sus gobernantes merecen citarse: García Moreno, tirano místico y sanguinario que con un sentido adecuado a la época trató de realizar la unidad nacional. Don Antonio Flores, progresista y primero de los gobernantes ecuatorianos que se preocupó de solucionar las finanzas públicas. Eloy Alfaro, que en 1895 pone fin al gobierno de los dictadores conservadores, mediante una revolución liberal, a la que sigue una legislación más

avanzada, dictada por Plaza y el mismo Alfaro en su segundo período. Uno de los gobernantes más prestigiosos fue Ayora, que reorganizó la vida económica del país, planificó la educación y el desarrollo de las vías públicas. Ayora se vió obligado a abandonar forzosamente el poder y le sucedieron varios gobiernos provisionales, hasta las dictaduras de Páez y Enríquez que emprendieron una serie de reformas de tipo social tendientes a mejorar las condiciones de vida del pueblo ecuatoriano.

«Colombia: Colonia y República»

En 1550 fue establecida en Audiencia de Bogotá, que debía regir los destinos de la Nueva Granada por espacio de dos siglos. Más tarde, en 1739, se erigió el Virreinato de Nueva Granada desarrollándose la vida de la Colonia sin más incidentes que la derrota del Almirante inglés Vernón en Cartagena y la sublevación de los comuneros. En 1810 se produjo el movimiento separatista en Bogotá. Se formó una Junta Suprema, que, reconociendo la soberanía de Fernando VII, negó la obediencia a los Regentes de Cádiz y encarceló al Virrey.

Un Congreso, al que asistieron representantes de siete provincias, creó la República de Cundinamarca que dependería del Rey de España; el primer Presidente, Tadeo, fue reemplazado por Narño, bajo cuyo gobierno se produjo una lucha entre centralistas y federalistas, lo cual favoreció al General español Morillo para que, después de apoderarse de Cartagena, restableciese la dominación española en Nueva Granada. El Libertador Bolívar acudió en auxilio de éste país, al cual lo libertó después de la batalla de Boyacá y, con la voluntad de colombianos y venezolanos, obtuvo que el Congreso de Angostura decretara la unión de Nueva Granada y Venezuela, con el nombre de República de Colombia, cuya presidencia se encomendó a Bolívar. Cansado de luchar contra las ambiciones, de contener la anarquía amenazante, y de ensayar fórmulas de gobierno que afirmaran la naciente democracia colombiana, el Libertador Bolívar se retiró del mando y poco después, desengañado, solo y pobre, falleció el 17 de diciembre de 1830. Disgregada Colombia la Grande, la Nueva Granada se constituyó

en la República heredera del nombre de aquélla, de la cual fue Presidente Santander cuyas reformas liberales dieron motivo a la guerra civil. Una serie de sublevaciones e insurrecciones políticas agitaron Colombia, hasta que la Asamblea Constituyente reunida en Río Negro, la organizó con carácter federal. Las luchas volvieron a empezar a causa de la intransigencia conservadora, colocando a la República muchas veces en condiciones anárquicas. Algunos ciudadanos eminentes por sus virtudes, fueron elevados a la Suprema magistratura de la nación, mas sus gobiernos se alteraron con frecuentes convulsiones políticas que comprometían el progreso y el erario nacional.

En uno de los períodos más álgidos de su vida, Colombia se encontró con el problema de Panamá a principios del siglo actual. Estados Unidos de América se interesaba en la apertura del canal interoceánico, cuya obra había contratado Colombia con el francés Lesseps, quien no pudo financiarla y que, de haberla ejecutado, hubiera irrogado perjuicio a otras empresas ferroviarias y extranjeras de Panamá. Estados Unidos hizo una serie de proposiciones para la apertura del Canal las que no fueron aceptadas por Colombia, por estimarlas inconvenientes al patriotismo; pero la divergencia se solucionó, gracias á una «oportuna revolución» que proclamó la sesión del territorio del istmo de la República de Colombia y lo constituyó en la República independiente de Panamá. El nuevo Estado soberano fue reconocido inmediatamente por los Estados Unidos, que obtuvieron para sí el dominio de la zona territorial por la cual atravesaría el Canal, zona que en la actualidad sigue en poder de los norteamericanos. En vano Colombia protestó y exigió reparación por la intervención de Estados Unidos en el hecho del separatismo, con violación de tratados públicos; la patria de Monroe, inspirada en el imperialismo rooseveliano, se negó a dar toda explicación, dando así un mentís al espíritu de Washington, Jefferson y Lincoln. El Canal fue inaugurado en 1914, y tan sólo más tarde, fue indemnizada Colombia, durante la Presidencia de Harding, a instancia de los capitalistas norteamericanos, ansiosos de explotar los yacimientos petrolíferos y mineros encontrados en la República colombiana.

Entre 1914 y 1930, Colombia alcanzó un grado de prosperidad sin precedentes bajo el gobierno del partido conservador que, pacíficamente, había gobernado durante 40 años, y que se dividió con motivo de la depresión económica, facilitando así el triunfo del liberalismo con Olaya Herrera, quien tuvo que hacer frente a la crítica conservadora, a la oposición del clero cuyo poder e influencia trataba de restringir el gobierno, a la crisis económica combatida brillantemente y que sin embargo afectó la vida colombiana, y al conflicto provocado por los peruanos con motivo del trapezoido de Leticia en el Amazonas. Alfonso López, en 1936 emprendió unas cuantas reformas civiles, educacionales y económicas, tenazmente combatidas por el clero y los conservadores. A López sucedió Eduardo Santos que estaba apoyado por una de las fracciones en que se había dividido el partido liberal colombiano; y que gobernó su país hasta el año de 1942.

«Venezuela: Colonia y República»

Venezuela, explorada por diversos Capitanes de la España, y por la expedición a cargo de los banqueros alemanes Welser, fue lentamente colonizada y pacificada. Interesante en la historia de la Colonia venezolana es la coronación de don Fernando de Guzmán, como Rey de esos territorios y que, al ser asesinado, fue reemplazado por el aventurero Lope de Aguirre, quien increpaba a Felipe II en epístolas y ofrecía a los soldados de él, la conquista de las Indias. Distinguiéronse también los Capitanes Diego Lozada y Diego de Serpa en sus luchas con los naturales, así como Pedro de Silva en el descubrimiento de los llanos. Durante el siglo XVII, Venezuela se vió asaltada por piratas que, a sueldo o con venia de Inglaterra o Francia, y otras veces obrando por cuenta propia, desolaban las ciudades costeras de América. En 1731 se creó la Capitanía General de Venezuela, la cual más adelante formó parte del Virreinato de Nueva Granada. Corría el año de 1811 cuando estalló formalmente la rebelión contra España, la cual fue precedida por el intento fracasado del General Miranda. A este ilustre Precursor, le sucedió en la gloriosa empresa, Simón Bolívar, el Libertador de América, caballero de ideales, quijote de la gloria, fundador de nacionalida-

des, visionario de los destinos del continente. Bolívar empuña las armas, y unas veces vencedor y otras vencido en cien combates, entra en Caracas, vence a Monteverde, pelea con Boyes, y se desquita en Carabobo de los triunfos que Morillo obtuviera sobre sus ejércitos, sellando con esta batalla la independencia de Venezuela. La vida republicana de Venezuela se ha sucedido entre violentas convulsiones políticas y golpes de cuartel. Luchas entre centralistas y federalistas, escaramuzas entre blancos y negros, pugna entre la libertad y el despotismo, han agitado, al igual que a las otras repúblicas, la patria del Libertador. Los hermanos Monagas se apoderaron de Venezuela como de un feudo, y fundaron casi una dinastía que luchó contra la oposición de los federalistas. La bayoneta ha sido el medio de sufragio en la República, por el cual han llegado al poder varios gobernantes. El General Castro desgobernó la nación hasta 1908, facilitando la intervención de Alemania, Italia y Gran Bretaña. A Castro reemplazó Juan Vicente Gómez, que astutamente, mediante el apoyo prestado a los capitalistas extranjeros, se atrajo el favor de los países extraños, manteniendo la paz en la República de Venezuela, a la que gobernó por más de un cuarto de siglo, sirviéndose de procedimientos dictatoriales crueles, suprimiendo la libertad de palabra, persiguiendo, ejecutando, desterrando opositores, y acumulando una sólida fortuna. Sin embargo, la actuación de Gómez favoreció y atrajo a los capitales extranjeros, fomentando la riqueza y productividad nacional, y Venezuela le debe al tirano un notable adelanto. A la muerte de Gómez subía a la presidencia López Contreras, que se propuso gobernar dentro de las pautas de su predecesor, aunque más liberalmente, por lo cual hizo una serie de reformas políticas y económicas. Con el apoyo de López Contreras, se eligió en 1941 Presidente de la República de Venezuela a Medina Angarita.

«Brasil: Colonia; Imperio; República»

En el siglo XVI Antonio de O'Crato, favorecido por los ingleses, hizo algunas expediciones al Brasil. A fines del mismo siglo, los franceses en su tentativa de colonizarlo, se establecieron en la Isla de Maranhán derrotando al ejército portugués de Albuquerque, sin que lograran organizar seria

mente la Colonia. Años después, encontrándose en guerra España con Holanda, ésta potencia se apoderó de San Salvador y siguió luchado contra elementos españoles y portugueses establecidos en varios lugares y ciudades de tan vasto territorio, hasta que en 1640, separado definitivamente el Reino de Portugal del de España, Juan IV celebró con Holanda un tratado, en el que cedía a este flamenco país, los territorios que había conquistado, y de los cuales fueron expulsados más tarde por los brasileros en una guerra de carácter religioso. A mediados del siglo XVII un grupo de esclavos fugitivos se estableció en el distrito de Alagoas, eligiendo un Presidente, llamado Sombe, que hizo progresar rápidamente a la República, contra la cual fue enviada una expedición que la destruyó y redujo a la esclavitud a sus moradores. En 1710 la Escuadra francesa se apoderó de Río de Janeiro en apoyo del Rey de España, contra el cual luchaban los portugueses. Durante el siglo XVIII el Brasil sostuvo continuas luchas contra los gobernantes españoles de América por la dominación del Río de la Plata, pues dueños los portugueses de este río y del Amazonas, aspiraban a tener en su poder las llaves de la América Meridional. Rápidamente se fueron estableciendo colonos europeos en los territorios de Minas Geraes y Matto Grosso, ricos en oro y diamantes, pero ese elemento se cruzaba con los naturales y negros, produciendo las variedades raciales mestiza y cuarterona. Invadida la Metrópoli por los ejércitos del Corso que se había hecho dueño de Europa, Juan VI de Portugal, lejos de imitar la conducta cobarde de los Borbones españoles que se pusieron en manos del Aguila Francesa, se refugió en el Brasil, en donde permaneció hasta 1821, año en que regresó a la Península, dejando como Regente de la Colonia a su hijo Pedro, quien, al declararse Protector de ella, ayudó a los brasileros en su anhelo de tener un gobierno autónomo, anhelo que les había sido negado por Juan VI. Don Pedro convocó una Asamblea y en agosto de 1822 proclamó la independencia de la Colonia, siendo nombrado Emperador de ella. Portugal comprendió la inutilidad del empleo de la fuerza para mantener su soberanía en el Brasil, y tres años más tarde reconoció la independencia del nuevo Estado. El Emperador don Pedro no duró mucho tiempo en el gobierno, distanciado con el Parlamento, y preocupado de ocupar el trono de Portugal, abdicó la Corona en 1831, en favor de su

hijo, a nombre del cual, por ser menor de edad, gobernó un Consejo de Regencia hasta 1841. Pedro II debeló una serie de revoluciones que estallaron, aumentó sus posesiones con territorios arrancados al Paraguay en injusta guerra, y preocupóse bastante del adelanto material y cultural del Brasil, pero fue destronado en 1889 por la revolución que Fonseca preparara en Río de Janeiro, la cual proclamó la República.

La República tuvo que hacer frente a las revoluciones que estallaron en Río Grande Do Sul, y la que dirigió Peixoto, organizándose el país dentro del sistema federal. El Brasil fue gobernado por el militarismo, produciéndose un clima de violencia a pesar del cual la vida brasilera se desarrollaba ventajosamente gracias a las reformas liberales, a las medidas económicas y a los acuerdos internacionales con Argentina y Chile. En las Presidencias de los doctores Moraes Barros y Campos Salles, se extirpó el militarismo, se inició la reconstrucción financiera de la nación y se arreglaron las cuestiones limítrofes con los países vecinos. El Brasil tomó parte en la guerra europea de 1914, pasada la cual entró a formar parte de la Liga de las Naciones. Durante la Presidencia de Bernardes, empezó a dejarse sentir la depresión económica que afectaba al mundo entero, y que se asentó durante la administración de su sucesor Pereira de Zouza, en la cual la moneda se desvalorizó, los mercados exteriores se arruinaron y resultó vana la defensa de la riqueza cafetera. En 1930, el Presidente Washington Luis tuvo que hacer frente a la revolución de Getulio Vargas, que, triunfante, intentó una serie de reformas progresistas frente a la oposición de los terratenientes e industriales, por lo cual Vargas acudió habilidosamente a un golpe de Estado que le facilitó gobernar el país con un carácter dictatorial en el orden de los hechos.

«El Paraguay: Colonia y República»

En cuanto al Paraguay, los datos relativos a sus civilizaciones y conquistas quedaron citados al tratar del descubrimiento y conquista del Río de la Plata. Asunción fue originariamente el centro de la vida colonial en el Río de la Plata, pero disminuyó en importancia cuando Felipe III, considerando que la gobernación del Paraguay era sumamente extensa, re-

solvió dividir su territorio, en forma de que comprendiera la región del Guairá conocida vulgarmente como el Paraguay, nombre que conserva hasta nuestros días. Los gobernantes del Paraguay durante la Colonia, tuvieron continuas reyertas con las autoridades eclesiásticas y con las civiles en Charcas, así como también tuvieron que sostener luchas con los Paulistas del Brasil que atacaban los territorios paraguayos para capturar los indios de esas regiones que luego eran vendidos como esclavos. Merece especial mención el levantamiento llamado de los Comuneros en 1731, que defendía la autoridad de la Comunidad, señalando que ésta era superior a la del Gobernador, tesis que estaba apoyada en el desarrollo que la colonización comunal de los Jesuitas había alcanzado. Los sublevados se impusieron a varios Gobernadores, hasta que al fin fueron derrotados por don Rafael de la Moneda. Los portugueses no cesaban en sus incursiones armadas al territorio paraguayo, hasta que su avance fue contenido por otro portugués, don Pedro Melo.

En 1810, bajo el gobierno de don Bernardo de Velasco, se produjo la sublevación contra España: se reunió un Congreso que a pesar de los esfuerzos del doctor Francia por independizar al Paraguay completamente de España, reconoció la soberanía de Fernando VII; mas los paraguayos tuvieron que hacer frente por sí solos a la invasión argentina de Belgrano, ante la cual, viéndose abandonados por los españoles, la idea emancipadora se extendió, y en 1813 se reunió un Congreso que dictaba la Constitución y ponía al frente del Estado a dos Cónsules, Francia y Yegros, mas éste fue fusilado por conspirador. El doctor Francia quedó de dueño absoluto de la nación, cruel y tiránico, cuyo gobierno duró lo que la vida de ese déspota, al que reemplazaron dos Cónsules que trataron de normalizar la vida política paraguaya. Establecida la forma unitaria de gobierno por el Congreso de 1844, fue elegido López, quien celebró tratados con la provincia argentina de Corrientes sublevada contra Rosas, lo cual casi ocasiona una guerra entre Argentina y Paraguay, pero una vez solucionado el conflicto, López consiguió que aquella nación, que se había negado a reconocer la independencia del Paraguay, reconociese al Estado Paraguayo como independiente. Solano López, su sucesor, declaró la guerra al Brasil y a la Argentina, y

posteriormente tuvo que hacer frente a la coalición de estas naciones que juntamente con el Uruguay, atacaron al pequeño país, en una guerra que causó el asombro de las naciones invasoras; pues no parecía otra cosa sino que la nación entera estaba dispuesta a perecer, antes que caer en poder de los enemigos. Los coaligados se impusieron al Paraguay y le dictaron severas condiciones. En 1870 se dictaba una Constitución para el país, el cual iba saliendo lentamente de la postulación moral, material y económica en que había quedado después de la guerra, en la que perdió, según se dice, las cuatro quintas partes de su población, se le cercenaron porciones de su territorio y se le impusieron enormes indemnizaciones. Los nuevos presidentes paraguayos estuvieron sujetos a la política de partidos, y con frecuencia se veían obligados a dimitir ó separarse de su cargo. Las riquezas del Chaco explotadas por capitales extranjeros, hicieron que tanto Bolivia como el Paraguay, que invocaban derechos en ese territorio, se viesen envueltos en un litigio armado, el cual no pudiendo ser arreglado pacíficamente, lo fue por medio de sangrienta guerra, en la que el Paraguay llevó la mejor parte. Firmada la paz, las consecuencias de la guerra, acarrearón aguda crisis económica en el pueblo paraguayo, y en tales circunstancias, el Coronel Franco, héroe del Chaco, depuso al Presidente Ayala, y estableció un gobierno de sentido nacionalista profundo, que trataba de establecer reformas sociales, pero que fue destituido por una revolución incruenta, después de la cual le sucedió Pavía y a éste Estigarribia, a quien, en el empeño de reformas económicas, le sorprendió a muerte, siendo reemplazado por Morinigo, que separándose de los procedimientos liberales de su antecesor, implantó un gobierno dictatorial, con apoyo del militarismo.

«El Uruguay: Colonia y República»

El Uruguay empezó a ser colonizado por España tan sólo en el siglo XVII, en circunstancias de que los españoles empezaron a criar ganados en la banda oriental. Durante mucho tiempo el territorio del Uruguay fue campo de batalla entre españoles y portugueses, hasta que Mauricio de Zabala consiguió que el Rey de España comprendiese la importancia

de la Colonia, en la que en 1726 se fundó Montevideo. Las discordias no cesaron y la Colonia pasó de mano en mano entre portugueses y españoles, hasta que quedó definitivamente en poder de los últimos. La Colonia progresaba notablemente, el ganado se desarrollaba de manera asombrosa, y era tal el florecimiento de ella, que Inglaterra, que había perdido sus colonias de América del Norte, pretendió establecerse en el Uruguay a principios del siglo XIX, y al efecto logró apoderarse de Montevideo que, defendida heroicamente, fue abandonada por el invasor, después de la derrota que sufrió su armada frente a Buenos Aires.

Cuando en Buenos Aires se produjo el movimiento de la independencia, la chispa se extendió al Uruguay, donde a la sazón mandaba Vigodet. Al frente de los separatistas uruguayos se puso José Artigas, que con un puñado de patriotas derrotó al Virrey Elío, quien cometió la imprudencia de llamar en su auxilio a los portugueses, por lo cual los patriotas se vieron obligados a reconocer la soberanía de Fernando VII, renovándose la lucha con el auxilio de Argentina cuando los brasileiros se hubieron retirado. Por fin Artigas alcanzó la emancipación de su patria, para luego contemplar la invasión brasilera que, apoderándose de ella, tras heroica resistencia, disfrazó su usurpación con la reunión de un Congreso ad-hoc, que declaró anexado el Uruguay al Brasil. Pero los uruguayos esperaban, y llegado el momento oportuno se lanzaron a la lucha al mando de Lavalleja, secundado por Rivera. Convocóse una Asamblea que declaraba al Uruguay independiente del gobierno brasileiro e incorporado a la Argentina, por lo cual esta nación declaró la guerra al Brasil, haciéndose la paz sobre la base de que el Uruguay sería independiente, algo así como un territorio neutral entre los dos países.

El Uruguay adoptó su Constitución y entró al concierto de los pueblos independientes en 1830, siendo el primer presidente Rivera, quien, desplazado del poder, se refugió en Buenos Aires, de donde regresó con un ejército que le proporcionara el dictador Rosas. Desde entonces la vida de la República siguió agitada por las sorpresas de la política, que en medio de tantas convulsiones fueron forjando la historia de esa nación, cuyo pueblo es uno de los más cultos de América. Las luchas

políticas del Uruguay tuvieron origen en las de los dos partidos políticos, los Blancos y los Colorados, que se originaron entre los amigos de Rivera y Lavalleja en 1830, pero que, con sus intemperancias, habían hecho de la vida del Uruguay en el siglo XIX, una de las más agitadas. En 1903 fue elegido Presidente de la República Batlle y Ordóñez, que había empezado una fructífera labor desde el periodismo, sentando principios de decoro y decencia, como fundamentales en la lucha política; tuvo que conjurar las revueltas civiles encabezadas por caudillos que no faltaban, pero terminada su gestión gubernamental, la vida política siguió los cauces de una sentida democracia y así, su sucesor, pudo dedicarse a continuar las grandes reformas iniciadas por el idealista y caballeroso Batlle y Ordóñez, emprendiendo en una serie de reformas económicas sensacionales. Tres presidentes gobernaron la República, de acuerdo con las reformas constitucionales que se habían introducido a partir de la administración de Batlle, pero el Presidente Terra, incapaz de hacer frente a la oposición, echó mano a la dictadura, desde la cual gobernó despóticamente. En 1934 habíase convocado una Constitución, la cual fue a su vez rota por su sucesor Bladimir.

«Argentina Colonia y República»

Como hemos indicado, lo que hoy constituye la República Argentina, formó en el siglo XVI parte de la Gobernación del Paraguay, a excepción del Tucumán, que fue creado por el Conde Nieva, Virrey del Perú, y confirmado por Cédula Real que lo declaró independiente.

El Tucumán fue gobernado por Ramírez de Velasco fundador de Jujuy y de Madrid, por Zárate que defendió Buenos Aires del ataque del pirata inglés Hawks, y por Rivera que fundó el pueblo de su nombre y reunió Madrid y Estero, con el nombre de Talavera de Madrid. Los gobernadores siguientes hicieron otras fundaciones y continuaron la lucha con los indios.

En 1618 se dividió el Río de la Plata en dos provincias, cuyos gobernadores, al igual que los de Tucumán, tuvie-

ron que luchar con los indios, y además con los portugueses del Brasil que invadían las colonias españolas, ya sea con motivo de las guerras que en la Península se suscitaban entre España y Portugal, como por el simple deseo de ensanchar sus posesiones, como en el caso de Sacramento.

En 1776 Carlos III creaba el Virreinato de Buenos Aires, teniendo en cuenta la importancia que habían adquirido las provincias del Río de la Plata, como también por el empeño que los portugueses manifestaban en invadir las. Pedro de Cevallos, el primer Virrey, se apoderó de los terrenos usurpados por los portugueses y luego hizo su entrada en Buenos Aires, dedicándose a la administración de su Virreinato al que dividió en ocho Intendencias. Sus sucesores introdujeron reformas útiles: hospitales para mendigos, casas de corrección para mujeres, casas de expósitos, alumbrado, fortines para contener a los indios de las pampas, y exploraban el Chaco y la Patagonia. Sucesos ruidosos no dejaron de acaecer, como las disputas con el Obispo Azamor y la quiebra del Administrador de la Aduana de Buenos Aires. Sucedióse algunas luchas con los portugueses y más tarde con los ingleses que, al mando de Béresford, se apoderaron de Buenos Aires, de la que fueron arrojados por Liniers.

En 1810, el Virrey don Baltazar Hidalgo de Cisneros, al saber los triunfos franceses en España, insinuó la formación de un gobierno en representación de Fernando VII. El Cabildo de Buenos Aires, que al principio aceptara la permanencia del Virrey frente al gobierno, tuvo que prescindir de él, ante la exigencia popular, constituyéndose una Junta, presidida por Saavedra, encargada de gobernar el país en nombre de Fernando VII; mas esto no fue sino un prólogo de la independencia que consigue la Argentina, cuando sus ejércitos, dirigidos por San Martín, vencen a los hispanos en Chacabuco, Maipú, Cerro del Pasco. San Martín, no sólo consigue y consolida la independencia argentina, sino que ayuda a Chile, Perú, Bolivia y las Repúblicas del Plata a conseguir las suyas. En 1819, consolidada la independencia argentina, renunció el mando supremo de la nación don José de San Martín, cuyos destinos se confiaron a notables ciudadanos que tuvieron que

dominar las luchas partidaristas y sostener las guerras con el Brasil y el Paraguay.

Después de un largo período de hostilidad entre los federalistas mandados por Lavalle y los unitarios por Paz, adviene Rosas que, de Gobernador de Buenos Aires, se convierte en dueño y señor de la Argentina reuniendo a todas las provincias en una federación. Como contara con parlamento sumiso, Iglesia servidora del Estado, y el apoyo de los gauchos y gente pobre, así como también el de no pocos miembros de las clases cultas y ricas que apreciaban la paz, Rosas pudo ejercer un gobierno despótico y cruel, sin misericordia para sus adversarios, pero que fue beneficioso para la Argentina que, por obra de la misma opresión, halló la estabilidad política y despertó su conciencia nacional. Rosas, hombre poco culto y de campo, favoreció la agricultura pero no se preocupó mayormente de la cultura. El Gobernador de la provincia de Entre Ríos, Urquiza, que se había unido al Brasil y al Uruguay para luchar contra el tirano, derrotó a éste en campal batalla y convocó una Constituyente que organizó la República federalmente, pero que centralizó y autorizó un amplio poder del Congreso y del Ejecutivo. Urquiza emprendió una política liberal, favoreció la agricultura, construcción de caminos, inmigración, educación. Don Bartolomé Mitre siguió una política a tono con las necesidades del país, mediante el desarrollo de la producción y fomento de la cultura. Durante su gobierno tuvo lugar la guerra con el Paraguay, en la que Argentina conquistó una gran porción territorial. El sucesor de Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, es el hombre que termina de forjar la nación argentina: organizó la educación, sistematizó la enseñanza y no tuvo más norte que fundar escuelas, colegios, normales, liceos, y modernizar las universidades, convencido de que el pueblo argentino, una vez culturizado, no soportaría tiranos, y que los gobernantes debían ser bien preparadas para enrumbar a la nación hacia destinos grandes. El sueño de los forjadores de la nacionalidad argentina, el sanguinario Rosas, el recio Mitre y el Maestro Sarmiento se ha hecho realidad. La Argentina ha sabido mantener su personalidad, sostener su soberanía, y apoyada en su poder económico, le ha sido fácil deslindarse de toda influencia internacional ajena a los principios de verdadero derecho, Pero Sar-

miento no sólo se preocupó de la educación, sino también de la economía; intuitivo, inteligente y práctico, comprendió que los sueños y los ideales para llegar a ser reales, deben ser plasmados en categorías de orden económico, y así fomentó la agricultura, la vialidad, la inmigración, el flujo de capitales y el comercio.

Su sucesor, Avellaneda, tuvo que hacer frente al ex-presidente Mitre que encabezaba el levantamiento de los porteños rivales de los provincianos, levantamiento que, a pesar de ser dominado, quedó latente. Sojuzgó la Patagonia y siguió realizando el programa de Sarmiento. Con motivo de las elecciones presidenciales que dieron el triunfo a Roca, se produjo de nuevo otra revolución porteña, vencida la cual se convocó un Congreso que declaró a Buenos Aires ciudad federal y capital de la Argentina. Roca gobernó ventajosamente la República, pero Celman que le sucedió, llevó al Estado a la corrupción moral y administrativa, por lo que depuesto, fue reemplazado por el Vice presidente Pellegrini, en cuyo poder se produjo una grave crisis económica que afectó a la banca europea y argentina, que, conjurada lentamente, sus consecuencias causaron muchos disturbios bajo la presidencia de Sáenz Peña, correspondiéndole a Uriburu subir al poder por renuncia del Presidente. Uriburu gobernó prudente e inteligentemente, restableciendo la paz y prosperidad.

Terminado este período, se presentó la cuestión limítrofe con Chile, aceptando esta nación, lo mismo que la Argentina, el laudo de las Comisiones de Arbitraje, evitándose con esto una guerra que parecía inminente. Un Cristo se levanta en las altas cimas de los Andes, como símbolo de la paz entre los dos grandes pueblos sureños; se le llama «El Cristo de los Andes», y fue levantado por la acción de las mujeres argentinas y chilenas, como plegaria de gracias por los héroes que pudieron serlo y no sucumbieron.

A principios del siglo actual, los radicales y socialistas, que defendían una serie de reformas políticas y sociales, contrapesaron en la opinión pública que elevó a la presidencia a Hipólito Irigoyen, que hizo frente a los problemas de la primera guerra europea, en la cual observó completa neutra-

lidad, pese a las influencias y amenazas norteamericanas, a las huelgas fomentadas por los países ansiosos de la intervención argentina en el conflicto, que se estrecharon ante el convencimiento del Presidente, de que la Argentina debía atender a sus propias condiciones sociales y económicas, antes que distraer sus actividades en guerras extrañas promovidas por el capital a nombre de la libertad humana. Bajo la presidencia de Alvear se produjo la depresión económica que la guerra europea causó al mundo. La situación era sombría: socialistas y radicales lucharon en las nuevas elecciones en apoyo de Irigoyen quien subió al poder, pero que fue depuesto por un levantamiento originado por los estudiantes, que colocó a Uriburu en la presidencia, en la cual le han sucedido, Justo, Ortíz, Castillo y actualmente Perón.

Durante la última conflagración mundial, la Argentina, de acuerdo con sus intereses e ideales, tomó la línea de conducta apropiada a ellos. Más tarde, contra oposiciones poderosas, estableció relaciones internacionales con potencias europeas, y ha desarrollado en América una política de acercamiento con los pueblos de su raza, y de amistad y colaboración con los extraños. Incidentes ocasionados por la imprudencia y falta de tacto de un diplomático, produjo un enfriamiento en sus relaciones con los Estados Unidos, incidente que ha empezado a solucionarse, y que sería de desear que lo sea completamente para que la concordia reine en la América descubierta por Colón. Pero para ello, debe advertirse que en Hispanoamérica vive el hombre, síntesis del cruzamiento de las dos razas que dieron al mundo: a Pelayo, a Guatemoc, al Rey don Sebastián, al Cid, Caupolicán, Guzmán el Bueno, Tupac Amaru, y a toda la pléyade de Genios que con su coraje, su orgullo y su voluntad de ser, hicieron su encuentro en la India hispana.

Los Americanos, estamos en la obligación de saber la historia de nuestra India y la de España, para conocer la historia americana, y comprender el futuro que aguarda a los pueblos iberoamericanos.

«CONCLUSION.»

La Historia de América, desde su descubrimiento hasta los tiempos modernos, ha quedado bosquejada, y en lo relativo a los orígenes y formación de sus pueblos primitivos, la Historia, trunca todavía, se pierde en el dato de la hipótesis arqueológica, en lo incierto de la tradición autóctona, en lo inseguro y apasionado quizá de la crónica del conquistador.

Pero queda una realidad viviente: el indio, que cruza su raza con la del blanco español, para dar un nuevo producto humano. La Historia es la relación de ese vivir, en la que se revela el hombre conforme al medio físico, en armonía a la herencia biológica y de acuerdo a la organización social. América, en su aspecto telúrico, es una paradójica realidad geográfica: fértiles llanuras aislan o se cruzan entre macizos altos y desnudos; desiertos extensos, de difícil acceso, se dan la mano con enrevesados valles naturales. Veranos ardientes, disminuyen, cuando no secan, los torrentes de los ríos, y hay inviernos que corroen el granito y, por erosión de las laderas, arrastran las tierras, en torrentes de agua, para volcarlas en las planicies, en el cauce de los ríos o en el mar. América es una tierra de contrastes geográficos: en la latitud 0°, alternan el hielo y los calores, y un picacho, por su altitud es un glaciar en plena zona ecuatorial; mientras un valle a poca distancia de él, y que se halla separado de otros por inextricable maraña de sierras, es un horno al rojo vivo en los desiertos, o una brasa de calor húmedo en los valles tropicales.

La paradoja geográfica de América debía influir en sus hombres, llevándolos a la somnolencia por el calor, y a la pereza por el frío. América, continente virginalmente duro, dió un hombre extremoso, «curtido por dentro y por fuera», insensible al sufrimiento, indiferente a la vida duro y tenaz en la resistencia: tal el indio, que lo encontramos formando organizaciones, de autocráticas a comunales, y será justamente en las primeras, en aquellas en las que el poder central fue más despótico y autoritario, en las que, una vez producida la conquista y colonización, florecerán más tarde, durante la repu-

blicana época criolla, los gobiernos dictatoriales y centralistas al extremo, y serán en aquellas cuya antigua población indígena estuvo sujeta a la autocracia de oligarquías, en donde las nuevas oligarquías mestizas encontrarán clima más apropiado a su florecimiento. Esos hombres resistentes, insensibles al dolor y a la muerte, van a encontrarse con otra clase de hombres: los iberos, que van a arrollarlo todo para imponer lo suyo; pero, como sucede en la historia, el resultado va a ser un nuevo elemento que participe de los caracteres de los que le han producido; elemento que hay que entenderlo como resultado de la fusión de esos dos pueblos, de esas dos culturas y de esas dos almas.

El español es también un hombre de extremos: duro y tenaz, indiferente a la muerte y al dolor; que lleva el universo en su persona, y que se ha unificado con su suelo después de la guerra de reconquista, poniendo el sentido nacionalista que lo vemos trascender, así en sus empresas y aventuras, como en la mística, el arte y en general en la cultura ibérica.

La Religión es mística para el español y no lazo espiritual que debe llevar a la solidaridad humana. La mística española es medio individual, personal y exclusivista de alcanzar la vida eterna; medio para obtener otra vida real en la eternidad, que es, para el hombre de la Península, un hecho indiscutible.

De allí, que la meta del español sea llegar a esa eternidad; de allí ese voluntario auto aniquilamiento del más individualista de los individuos; de allí ese realismo en los místicos: Santa Teresa, San Juan de la Cruz; en los poetas: Luis de León, Guevara, Moreto, Góngora; en sus personajes: el Cid, Carlos V, Felipe II, don Quijote; de ahí el arte realista de sus pintores que hacen reyes, santos, mendigos, creados tal como ellos los sienten.

El español en su misticismo, está obsesionado de una sola cosa: desprender de la realidad material la realidad espiritual interior del hombre, y por llegar a esto, que es su única preocupación, en llegando al intelecto lo dirige a la

búsqueda de eternidad, y todo lo que percibe lo orienta en este sentido, porque, para todo quiere estar ciego, a fin de no percibir sino el espíritu. Y como el Catolicismo es el que mejor permite sacar de la muerte la realización del espíritu, el español no vacila en seguirlo hasta donde él le ordene que vaya; y como mira al universo a través de su persona, no vacila tampoco en darle, o querer dar, al universo esa tónica de fé, en la creencia de que se necesita buscar el espíritu. De aquí que la conquista se haya hecho por un puñado de soldados con el rosario en la mano. El español, al imponer su fé, impone su punto de vista: el de llegar con la muerte al triunfo de una causa que él emprendiera para su sola salud y por él solo, porque el misticismo español es individual y profundamente rítmico y moral al creer que el hombre está solo ante la faz de Dios, de donde resulta que el español es el más católico, pero nadie será menos cristiano que él.

Y esta concepción, este mundo, este «eje diamantino» de la vida y obra españolas, es también el núcleo central de la democracia española, porque el español se considera libre, porque para él, «del Rey abajo ninguno», y «al Rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios». He ahí el principio de autoridad respetado en lo inimportante para el español, y he ahí a Dios como Señor de lo realmente válido: el espíritu. De la jerarquía en que ha situado a la divinidad, deriva el español su democracia: en embrión, ya cuando celtas e iberos luchaban; en formación, a través de Numancia y Roncevalles, y en fantástica explosión, en y después de la reconquista. Bajo la mirada de Dios sólo existen hombres al lado de hombres, sin que existan distancias entre ellos, y de aquí, basada en esta igualdad que es profunda realidad para el español, y no en la conciencia positiva de intereses comunes que defender, nace su democracia, que se convierte en anarquía cuando hay despótica autoridad y que es capaz de producir los cambios más violentos y notables. Esta democracia que no ha precisado de leyes y caudillos, que se ha hecho conciencia colectiva, venía a América a sazónarse en el solitario espíritu indio, y a producir resultados de orden social, como consecuencia de su inyección en el espíritu autóctono de las sociedades indias sujetas a la autoridad de su jefes

El espíritu español no deja de ser también una contradicción constante: inquisición y libertad; pereza y empresa sobrehumanas; oro y miseria; espiritualidad y sensualidad; contrastes todos que han llevado a España a la creación de una estética de contrastes también, estética que se traduce en la plástica: en lo gloriosamente trágico del colorido Goyesco, en el claro oscuro de Velásquez, en los grises y tonos violentos de Zurbarán; en el plateresco: con sus arabescos y filigranas de oro que sutilmente se acurrucan en la sombra, o en el milagro de luz que penetrando los vitrales baña violentamente un Cristo, descarnado, lacerante y lívido, en el que los tendones y músculos, los labios y los cerrados ojos, parece que cantaran un himno a la vida desde la muerte. Ahí está San Ignacio, don Quijote, los personajes de los cuentos picarescos: negaciones todas ellas; negaciones que precisaron ser tales para llegar a ser afirmaciones de sí mismas. Don Quijote, español y hombre de Iberia, caballero de locura, afirma su ideal de desfacer entuertos, y él es, en su locura, un contraste material de su idealismo, que lo cumple dentro de la negación de sí, de su misma realidad.

Y aquí se vino España, con su idealidad, su fé, su arte y su idioma, y éste fué haciéndose lentamente. España fué enseñando cómo se habla la lengua en que «el vecino snele hablar a su vecino», y lentamente por toda la Iberoamérica, y aún en tierras de ella en las que hoy ya no se habla el idioma castellano, nombres españoles, sonoros, con la cadencia que afirma la personalidad de un pueblo y de sus hombres, resuenan en la historia como una afirmación de quienes son.

Esta fue la obra de España, cuyo espíritu fue carne en sus empresas; la Reconquista, la aventura de América, la creación de universos, están hechas de ideales, y son una afirmación de sí mismas contra todos.

España, a la distancia del mar tenebroso donde las mesnadas castellanas ondearon sus pendones; al otro lado del viejo mundo europeo, ve levantarse y renacer el espíritu hispano transmitido por los quijotescos descendientes de los Pelayo.

El espíritu ibérico renace; lo plástico, lo literario, lo cultural, lo místico: como impulso y pasión; el idioma mismo

es una resistente afirmación hispana de sí mismos que hacen los pueblos americanos, con la tonalidad, la cadencia, y el colorido indígena.

La historia de Iberoamérica está mal enseñada; hay que aprenderla; es corta, y se pronuncia «ideal», ya sea en belta, en latín, árabe o romance; vernáculos idiomas de americanas latitudes, castellano, o en cualquier dialecto de Iberoamérica que tiene raíces peninsulares.

S U M A R I O

	<i>Pag.</i>
<i>Encuentro de América</i>	5
<i>Los Peninsulares</i>	10
<i>El tornaviaje a América</i>	12
<i>La ocupación</i>	14
<i>México</i>	17
<i>Centroamérica</i>	22
<i>El Incario</i>	34
<i>La Capitanía de Venezuela</i>	30
<i>El País de los Chibchas</i>	31
<i>El Brasil</i>	32
<i>Los Países de la Plata</i>	34
<i>Organización Colonial</i>	38
<i>México: Colonia; Imperio; República</i>	47
<i>Centroamérica y las Antillas: Colonias y Repúblicas</i>	54
<i>El Perú: Colonia y República</i>	58
<i>Chile: Colonia y República</i>	62
<i>Bolivia: Colonia y República</i>	65
<i>Ecuador: Colonia y República</i>	67
<i>Colombia: Colonia y República</i>	69
<i>Venezuela: Colonia y República</i>	71
<i>Brasil: Colonia, Imperio y República</i>	72
<i>El Paraguay: Colonia y República</i>	74
<i>El Uruguay: Colonia y República</i>	76
<i>La Argentina: Colonia y República</i>	78
<i>Conclusión</i>	83